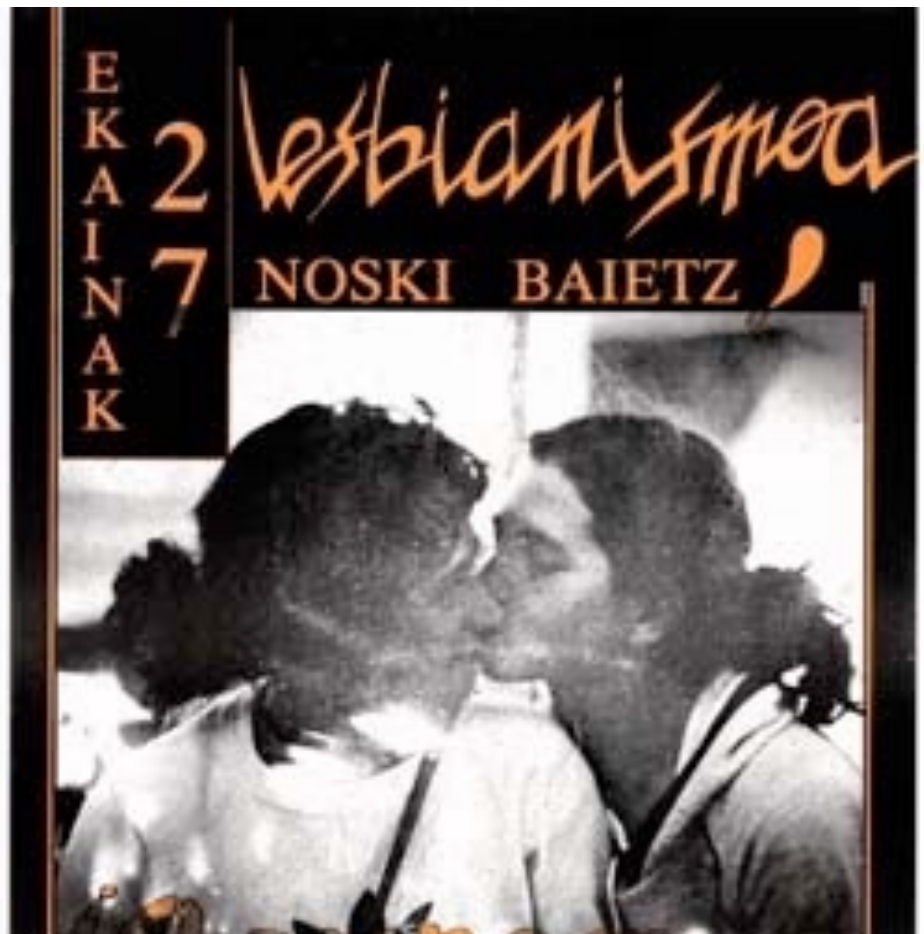
MIRADAS ATREVIDAS

Historias de vida y amor Lésbico y Gay durante el Franquismo y la Transición en Euskal Herria

nuevos testimonios.1



Cuando en su día presentamos **MIRADAS ATREVIDAS,**
el proyecto de recopilación y análisis de la Memoria Histórica de los hombres y mujeres homosexuales durante el Franquismo y la Transición en Euskal Herria, dijimos que aquel era un trabajo inacabado.
También dijimos que habíamos empezado muy tarde con la recopilación de testimonios pues muchas de las personas que vivieron aquella época habían muerto. Sabíamos sin embargo, que todavía quedan muchas mujeres y hombres vivos que pueden dar su testimonio a las nuevas generaciones de lesbianas y gays.
En esta ocasión presentamos siete testimonios más de aquella época y ratificamos nuestro compromiso de seguir con la tarea de recopilación.
Por suerte, esta vez hemos podido contar con el testimonio de más mujeres que el año pasado. Gracias a todas ellas y a todos ellos por la paciencia que han tenido y por haber compartido sus experiencias de vida. Y gracias de nuevo a las instituciones públicas por haber apoyado este esfuerzo.

Diciembre de 2015

Autoría: **Inmaculada Mujika**
José Ignacio Sanchez
Iñigo Bilbao
Amparo Villar

Idea original: **ALDARTE** y **EHGAM**

Colaboran:
Diputación Foral de Bizkaia y **Gobierno Vasco**

Se permite copiar, distribuir, y comunicar públicamente esta obra con liberad, siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

INDICE

Nuevos testimonios **4**

Aloña 5
Helena 12
Josu 20
Isabel 27
Toño 33
Nekane 41
Miguel 49

NUEVOS TESTIMONIOS.1

ALOÑA

- **En el Franquismo tuvimos la suerte de compartir vida, lucha y esperanzas con muchas mujeres**

Soy Aloña, voy a hacer 60 años y soy de un pueblo cercano a Bilbao. Es decir, soy de pueblo con lo bueno y con lo malo que conlleva serlo. Con 15 años estando estudiando en Bilbao, empecé a trabajar en una fábrica donde todas éramos mujeres. Recuerdo que en ese ambiente había un reconocimiento tácito a través de las miradas. Siendo honesta he de reconocer que yo no era consciente en ese tiempo, aunque lo cierto es que aquellas mujeres con las que logré una mayor complicidad en la fábrica con el tiempo resultó que todas éramos lesbianas. Recuerdo que con aquellas miradas nos reconocíamos como iguales. Con las mujeres que no eran lesbianas había otro comportamiento, no nos mirábamos del mismo modo, no con esa complicidad. Con la mirada buscábamos encontrar a una igual a nosotras. Como digo, tampoco es que fuera algo muy consciente, pero si es cierto que después coincidió que aquella complicidad tenía sentido y que todas éramos mujeres entendidas.

Aunque quisiera, no podría definir la mirada. Sólo sé que era de mucha complicidad y que esas miradas, a mí al menos, me daban mucha seguridad. Y mirarnos no quería decir que fuéramos a ser amigas, ni a formar cuadrilla. Eran años en los que algo así parecía impensable. Mi cuadrilla de la época no tenía nada que ver que con esa realidad. Pero en la fábrica existía esa complicidad no explicita entre nosotras, complicidad que quedó evidente en la primera huelga, por ejemplo.

Con 15 años yo no tenía ninguna referencia de mujeres lesbianas. No sabía nada del tema. Claro que sentía algo raro en mí, pero punto. Recuerdo la última maestra que vino a la escuela, que ya para entonces era mixta por la disminución del alumnado. Era una chica joven recién salida de Magisterio. La sensación que todavía yo tengo es que con esa mujer yo tenía una complicidad especial. O creía tener. Aún hoy sigo teniendo relación con ella, aunque nunca tuvimos nada. Pero ella fue la primera. No sabría decir porqué, si porque era joven, o si porque yo estaba a punto de salir de la escuela. No diría que fue un cuelgue. Fue una relación especial.

Lo de la fábrica tampoco sabría definir. Incluso diría que en este país los estereotipos engañan mucho. Hay mujeres con un estereotipo muy marcado, que en otros contextos sí, pero que aquí no quiere decir que sean entendidas, ni lesbianas, ni nada parecido.

En Barcelona me enamoré por primera vez

En esa época, en los años 70, lo que yo hacía era estudiar, poquito; andaba con la cuadrilla del pueblo y trabajaba. Estando en la fábrica me tocó vivir el *Proceso de Burgos* y participé en las manifestaciones de protesta en Bilbao. También en esos años hicimos un paro en la fábrica por las condiciones de frío que teníamos en la cadena de producción y, poco a poco, empecé a moverme en el circuito de las organizaciones de izquierda, en *Comisiones Obreras*. Esta nueva realidad me fue poco a poco apartando de la cuadrilla del pueblo. Por motivos políticos sin cumplir los 18 años me marché a Barcelona y allá también me movía en los círculos de la izquierda. Allá en ese ambiente político conocí a la primera mujer de la que me enamoré. Fue mi primera relación.

En Barcelona también conocí el primer bar de ambiente, que no sabría definir cómo era. Estaba ubicado fuera de Las Ramblas, que en la época eran el cogollo de todo el ambiente. Allí se juntaban todas las transexuales, las primeras que yo veía en mi vida. Para una chica de pueblo como yo, aquello fue impactante. Como nosotras estábamos en otro circuito, el político, no frecuentábamos los bares de ambiente. Cuando regresé a Bilbao seguí con la llamada normalidad, con la cuadrilla mixta. Franco todavía vivía, aunque ya le quedaba poco, y nosotros andábamos sobre todo por el Casco Viejo, por Barrenkale y María Muñoz.

En ese momento, con 20 años, yo no conocía mujeres lesbianas en Bilbao. No al menos mujeres que públicamente se definieran como tales. Se intuía que podía haber algo y que algunas podían ser, pero no estaban definidas. Ni siquiera yo estaba definida. En 1975 fue cuando me lancé a *tirar los tejos* a una chica por primera vez y no me salió bien. No sé si fue por el momento o por la persona, pero no funcionó. Tampoco sé a ciencia cierta si ya para entonces tenía claro algo, pero ahí andaba. No me motivaba ninguna otra cosa.

Yo seguía con el paraguas de la cuadrilla hetero, con los chicos y las chicas de la *rojería*. Cuando digo paraguas me refiero al arrope, al solape que la cuadrilla te ofrecía. Yo no me definía claramente, no iba tan destapada. Igual no es la definición más acertada, pero es la mía. Era claro que en la cuadrilla entendíamos todos y todas. Era relativamente normal ver cuadrillas mixtas, pero en las que todas y todos eran entendidos.

Muerto el perro, se acabó la rabia

Recién muerto el dictador (1975) abrieron bares de ambiente en Bilbao. Para el 78 ya estaba *La Lonja*, había bares que sin ser de ambiente servían de encuentro homosexual, como aquel que estaba en San Ignacio, *Versalles*, que era de dos chicas. En aquel tiempo también se activó el movimiento feminista y empezaba a conocerse EHGAM. Yo en EHGAM estuve poco tiempo, y luego sí estuve militando en ESAM. El primer local de EHGAM, que compartía con las chicas, no era el *Txoko*, sino una lonja que estaba junto al Cine *Olimpia*.

Cuando abrió el *Txoko Landan* a principios de los 80 ahí tuvimos cobertura tanto gays como lesbianas, cuando empezaron a hacer fiestas. Cuando el movimiento feminista se afianzó tuvo mucha importancia como sitio de encuentro y punto de referencia la creación de la comparsa *Mamiki* que visualizó un hueco específico de mujeres, y también de mujeres lesbianas. Hubo muchas críticas y hubo muchas peleas pero era una referencia en el corazón de la *Aste Nagusia*. La comparsa levantó mucha polémica porque era un espacio sólo para mujeres. *¿No tenéis otros espacios?*, nos decían. Y encima en la txozna no se vendía alcohol. Los hombres no entendían una comparsa y una txozna sin alcohol. Y sin embargo para nosotras, las mujeres lesbianas, aquel fue un espacio donde ligamos mucho y donde muchas se destaparon. Era una oportunidad.

Locales había, pero pocos. Estaba el bar *Cotis* para nosotras las chicas. Había chicos también pero era un local donde las chicas nos sentíamos arropadas. *La Opera* y alguno más, eran más lugares de encuentro para los chicos. También estaba *La Lonja*, que era más un marco roquero y punki, pero que también daba cabida a quienes entendíamos. Posteriormente abrieron *Canela*, en la calle Esperanza, que luego fue *El Convento*. *La Otxoa* abrió su primer bar en esos años, antes de *La Chufa*. Empezaba a haber espacios de encuentro para gays, y también para nosotras, las mujeres lesbianas.

Yo solía ir a los bares con chicos entendidos y con alguna chica. En aquella época tampoco tenía un trabajo que me obligara a levantarme a las ocho de la mañana y eso me permitía conocer una realidad diferente. Trabajaba en un bar y el ocio era más bien nocturno. Yo no me sentía mal. Disfrutaba la noche. Conocía gente, conocía otros ambientes que en la época no existían de día. Posteriormente sí, pero no en aquellos años.

Franco había muerto en su santa cama. Para nosotras, y nosotros, era un momento de expansión, queríamos cambiar el mundo. No voy a decir que fue exclusivamente gracias a ese movimiento de reacción pero sí creo que ayudó a visualizar diferentes sexualidades. Gracias a eso estamos hoy aquí.

Para la izquierda seguíamos siendo *las tortis*

Dicho eso, he de reconocer que a la izquierda le costó al principio entender. Éramos progres y teníamos a fuerza que entender las cosas. Teníamos que entender la diferencia, porque el discurso es el discurso. Pero la realidad fue otra, muy diferente. No me atrevo a decir que los partidos estuvieran cerrados, pero si sus integrantes. Para muchos de ellos seguíamos siendo las *tortis* y los *maricones*. Ahora bien, si creo que desde la izquierda, desde las estructuras hubo apoyo. ¿Forzado? ¿No? ¿Teorizado? ¿Interiorizado? No lo sé. Posiblemente no demasiado interiorizado a nivel individual, pero eso es la evolución y no otra cosa: De lo que decimos y vendemos, hasta que lo interiorizamos…. Yo, la verdad, deje de militar en una organización de izquierdas en 1977 porque hubo movimientos de fusión con otros partidos y yo no estaba por la labor de los aparatos. Cuando lo dejé estuve un tiempo a mi aire hasta que aterricé en el movimiento feminista.

La visibilización de las mujeres lesbianas empezaba a ser una realidad en esos años. A principios de los 80 ya estaba *Lamiak* como lugar de encuentro, y para el 83 ya estaba *Bizitza*. Pero cuando Conchi abre *El Convento* éste no era un lugar para chicas. Fundamentalmente era de chicas, pero no exclusivamente. Las mujeres lesbianas teníamos ahí más cobertura porque lo abrieron entre tres mujeres, pero punto. De hecho yo estuve trabajando de camarera en *El Convento*.

En los años 80 estuve militando primero en EHGAM y luego en ESAM. El grupo empezó juntándose con EHGAM; juntos pero separados, por decirlo de alguna forma, porque dentro de EHGAM sí que había algunas mujeres. Se quería dar un poco de sentido y de teoría a la propia sexualidad, a nuestro reconocimiento como mujeres lesbianas. En ESAM había gente interesante, pero militar en un movimiento de lesbianas era complicado y por desgracia, desapareció. Fundamentalmente había dos cabezas pensantes, muy buenas que ponían empeño, y las otras hacíamos lo que podíamos. Llegamos a publicar algunos cuadernillos bien interesantes. Como por aquel entonces empezó a haber movimiento en torno a la Asamblea, y posteriormente en tor-

no al Colectivo de Lesbianas Feministas, ESAM empezó a difuminarse y un sector de mujeres nos decantamos por el movimiento feminista.

Antes de la Asamblea funcionaba el grupo *Lanbroa* como movimiento feminista y las lesbianas estábamos un poco difuminadas. *Lanbroa* fue el germen de lo que después sería la Asamblea. Es dentro de la Asamblea de Mujeres donde se ve la necesidad de formar el Colectivo de Lesbianas. Veíamos que había temas que no se tocaban dentro del movimiento y había mujeres que podían ser lesbianas pero no forzosamente feministas. En ESAM, por ejemplo, no sé si sería capaz de decir que éramos feministas.

Estos grupos, además del trabajo social y político que hacían, daban cobertura a las chicas para que conocieran y ligaran con sus pares. El problema era que para eso hacía falta que el grupo tuviera un mínimo de infraestructura o de lugar de encuentro. Las reuniones del grupo propiamente dichas, daban muy poca cobertura. Sí daban la posibilidad de conocer a otras mujeres lesbianas, pero al grupo muchas mujeres no iban a ligar. No al menos en ESAM. Tú podías ir al grupo con la intención de conocer otras mujeres, pero como el resto no tuviera interés, al finalizar la reunión se iban a casa. Antes de la apertura del *Txoko*, las reuniones se hacían en un local que EHGAM tenía en Indautxu. Pero de ahí, nos íbamos cada una a su casa. En tiempos del Colectivo era diferente, entonces “no sabíamos si teníamos casa”. Después de la reunión, la noche era joven. Había necesidad de conocerse y de estar con otras mujeres. Ya para entonces en el Casco Viejo estaba el *Lamiak*, que fue posterior a *La Lonja*, estaban *Bizitza*, *La Chufa* y *El Convento* entre otros. Teníamos espacios a los que poder ir a socializar y a encontrarnos. Cuando los grupos empezaron, no había nada de eso.

Sabíamos que teníamos que salir a la calle

De los años de militancia en el Colectivo recuerdo bien las dificultades a las que nos tuvimos que enfrentar. Sabíamos que si lo que pretendíamos era que el trabajo del grupo se visualizara, lo primero que teníamos que hacer era salir a la calle. Podía haber mujeres que no les importaba salir a la calle, pero no públicamente, no con asiduidad. Y para dar a conocer el grupo había que salir a la calle públicamente y visibilizarnos públicamente. Para algunas mujeres era complicado hacer eso por razones profesionales. Decir públicamente que eras lesbiana, podía tener repercusiones laborales. No nos vamos a engañar. Ahora puede haber problemas, pero menos. En aquellos

años tenía repercusiones. Así como en EHGAM había una gente, no toda, pero sí había gente que no le importaba dar la cara, y ahí tenemos a Imanol (Álvarez), a Mikel (Martín) y a otros que desde el primer momento lo dijeron públicamente e intervinieron en los medios de comunicación, entre las mujeres eso, para nuestra desgracia, era muy difícil.

A las mujeres nos ha costado más salir porque tenía un coste. Igual suena a disculpa, pero entre que la sexualidad de las mujeres como tal está muy solapada porque es en función de(-l hombre), hasta que es mucho más fácil que agredan, a las mujeres siempre nos ha costado mucho más dar la cara. Con eso no quiero decir que los chicos no sufrieran agresiones. Recuerdo muy bien aquel chico que mataron en *El Balcón de La Lola*.

También a la hora de ligar chicos y chicas éramos diferentes. Los chicos tenían otro tipo de prácticas, otra forma de ligar muy diferente, sobre todo durante la noche. La nuestra era más protegida, por decirlo de alguna forma. Más protegida y con otro tipo de relaciones, ni mejores ni peores. Los chicos ligaban más en los espacios abiertos con el riesgo correspondiente, y aún así lo hacían con mucha alegría. Porque eso de ser *maricón* y encima ligando en la calle, se arriesgaban a que les dieran una paliza o un navajazo, como le paso al chaval ese en *El Balcón de La Lola*. Las chicas a esos niveles nos arriesgábamos menos, porque lo teníamos bastante más complicado. Como mujeres las lesbianas éramos más vulnerables.

Ahora como que no hay ambiente

Ahora no sé cómo está el ambiente, porque no salgo. Tengo mis contradicciones. De lo poco que he visto me parece que ahora se visualizan más las parejas, pero como que no hay ambiente. Y desconozco cómo está la noche. Ni como está el día. A nivel político, a nivel de aceptación y a nivel de vivencias, es otra cosa. No tiene nada que ver con lo que nosotras conocimos. A nivel social se ha avanzado mucho. Las instituciones ofrecen coberturas que en nuestra época eran impensables. Y más que en el tema lésbico lo veo en el caso de las transexuales, que en aquella época las llevaban al psiquiatra y casi, casi les hacían una lobotomía. Pero por el contrario creo que en aquella época el tema estaba más al *pil-pil*, estaba más vivo. Yo tengo un recuerdo de vivencias mucho más ricas de las que veo ahora. También puede ser ésta una sensación muy personal porque en aquella época era yo joven y ahora lo veo de otra forma. Pero así como a nivel social las relaciones homosexuales están más reconoci-

das, hay más ayudas y apoyo institucional, me parece que hoy se socializa mucho menos.

Pienso que en aquellos años había más necesidad individual y colectiva de visualizar nuestra sexualidad. Ahora como que está más definida, como que existe la sensación de que hemos alcanzado todos los derechos y nos hemos vuelto más individualistas. Quizás sea una percepción errónea, pero así lo veo yo: Tenemos una serie de derechos reconocidos, socialmente no sufrimos el rechazo que en aquellos años sentíamos, posiblemente necesitamos menos al grupo y menos el reconocernos. La necesidad provocaba vivir el momento con intensidad y yo diría que también con alegría.

Es cierto que el Franquismo fue un periodo duro en muchos aspectos, pero a estos niveles, no tanto. Tuve la suerte de conocer y de relacionarme con mucha gente. Tuve mis amores, mis desamores, ligué, me ligaron, intenté ligar y no me salió. Eso es la vida. Y en aquellos años había mucho meneo y eso es muy importante. Sobre todo fue importante que pudiéramos compartir nuestra vida, nuestra lucha y nuestras esperanzas con muchas mujeres. Nosotras socializábamos, vivíamos la calle. La vida era complicada, pero a la vez muy bonita. Estábamos en un momento de cambio que se podía afectar y modificar todas nuestras realidades. Tuvimos la suerte de vivir eso.

Bizkaia, junio de 2015

HELENA

- **Jamás he querido ser, ni parecerme a un hombre. Soy mujer y estoy encantada de serlo**

Me llamo Helena, así con H, tengo 52 años y soy de Bilbao. Salvo unos años que siendo muy niña viví fuera por cuestiones familiares, he vivido toda mi vida en esta ciudad. En estos momentos estoy casada y llevo con mi pareja 23 años. No hace ni dos meses que nos casamos.

Ya de niña me daba cuenta que cuando jugaba con mis amigas siempre había una amiga especial con la que me gustaba estar más. Con ella jugábamos a médicos y cuando podía me gustaba ir a dormir a su casa. Tampoco le daba mayor importancia a esa relación. Mi gusto por las chicas nunca me produjo trauma alguno. En absoluto. Toda la vida he llevado mi preferencia con mucha naturalidad.

En 1977 cuando tenía yo 14 años, se estrenó la película *Bilitis*, un clásico de cine lésbico, estuve en el estreno con la gente con la que salía entonces. Íbamos seis personas, tres chicos y tres chicas. Cuando salimos del cine yo les dije:

- Yo no me tengo que morir sin probar esto de estar con una mujer.

Mis amigos dejaron de hablarme. Ahí me di cuenta que algo yo pensaba que podía ser muy natural parecía que no lo era. La gente no lo veía de la misma manera.

De aquella época también recuerdo que las reuniones de EHGAM (Euskal Herriko Askapen Mugimendua) se hacían en nuestra casa. Y se hacían con toda la naturalidad del mundo. Mis hermanos y yo nos quedábamos en la sala, mientras los chicos y chicas de EHGAM se reunían en la cocina. Mi madre había tenido de pareja a una mujer que la dejó cuando conoció a otra persona. Mi madre lo pasó muy mal, fatal. Tan fatal que dejamos de importarle sus hijos, pese a que hasta entonces nos había adorado. La mujer estaba tan mal que la familia se hizo cargo de ella y procuraban sacarla de casa. Solía ir mucho con mis tíos a *El Golar* y ahí conocieron a Luis Angel *La Charcu*, a Luis Mari, y ahí empezó a trabar amistad con gente de EHGAM. De hecho, Imanol (Álvarez) la conocía de entonces.

Ella empezó a ir a las reuniones de EHGAM, porque entonces no había ningún grupo de chicas, cuando todavía se hacían en *El Boulevard*. Pero cerraron la cafetería y se quedaron sin sitio donde hacer las reuniones. Fue entonces cuando empezaron a juntarse en nuestra casa.

Decidí hablar con mi madre

Yo a mi madre jamás le había dicho nada, nunca. Pero una noche me dije:

- Se lo tengo que decir.

Y se lo dije:

- Ama, creo que me gustan las mujeres.
- Pues bueno…

También es verdad que dadas las circunstancias tampoco me podía decir otra cosa. Todo esto lo veo ahora, con el tiempo. Para mí aquella chica que había compartido casa con nuestra madre no era su pareja. Nunca me planteé que pudieran tener relaciones sexuales. Aquello era otra cosa.

Aquel día no me dijo nada pero, ¡cómo son las cosas! Nuestra madre murió en 1983, y estoy hablando de cosas que ocurrieron en 1977. Pocos días después va y me dice:

- ¿Quieres que te lleve a un médico por si quieres cambiar?

¡Mi madre! Yo alucinaba. Le respondí:

- Ama, yo no quiero cambiar. Soy feliz como soy. Yo no tengo ningún problema.

Aún y así, y por si acaso, me llevó a un psicólogo. No regresé a consulta nunca más. En el tiempo que hablé con ama sobre mis deseos estuve interna en un colegio de monjas desde los 12 a los 14 años. En el colegio había un cura, un tío súper majo y mi madre decidió pedirle ayuda a él. Le pidió que hablara conmigo para, más o menos, encauzarme en la vida. Durante unas jornadas de ejercicios espirituales, un día hablando con él le dije que a mí me gustaban las mujeres. Estaba convencida de que me iba a decir que eso era un pecado terrible. Yo tenía 13 años. Y no, para nada, me dijo que eso no tenía ninguna importancia:

- Serás feliz, o no, dependiendo de las personas que te puedas encontrar en tu vida, de la misma manera que si fuese un chico.

Eso me contestó el año 75, el mismo año que Franco murió. A partir de ahí mi madre nunca más se preocupó del tema. Como a todas las madres sí le preocupaba con quién andaba, dónde iba, de dónde venía… Lo cierto es que, entre la cuadrilla que

me dejó de hablar cuando vimos *Bilitis*, lo del psicólogo y el cura, yo empecé a hacer mi vida.

Tuve la fortuna de vivir los estertores de lo que podía ser el post Franquismo y empecé a vivir de otra manera, aunque quizás no con la naturalidad de poder ir de la mano con otra chica. Eso ni hoy en día se puede llevar con demasiada naturalidad. Con los años es verdad que hemos avanzado mucho y hoy puedo estar casada con una mujer. Pero a veces pienso que el papel lo soporta todo pero la mentalidad de las personas, no; y no a todo el mundo le puedo decir que estoy casada con una mujer.

Pienso que no tengo porqué ir con un cartel diciendo: *Soy lesbiana*. Pero tampoco ocultarlo. Y no es por ambigüedad, o al menos yo no lo llamaría así. Muchas veces pensamos que la gente no sabe nada, y es mentira. Antes de la boda comenté con mis compañeras de trabajo y ninguna tuvo dudas:

- Te casas con fulanita, ¿no?

Y yo nunca he dicho nada, pero hablo de mi pareja con total naturalidad. A nadie le importa con quién me meto en la cama, pero no tengo porqué ocultar que hago lo que hago con quien lo hago.

Cada persona es un mundo

Cada persona es un mundo. He conocido gente a la que han echado de casa. En casa hemos acogido a amigos que sus padres habían echado de casa cuando supieron que eran homosexuales. Yo no he tenido ese problema. Con mi madre muy bien, pero también con el resto de la familia, con los abuelos, tíos, hermanos y demás. Recuerdo una conversación con mi abuelo, cuando yo tenía 17 años:

- A mí me gustaría que llevases otro tipo de vida –me dijo-*, pero también tengo que decirte que… si tu eres feliz, yo con eso estoy contento.*

En la familia todos han sabido siempre quién era mi pareja, dónde estaba y qué me gustaba. Siempre he tenido muy claro que si en algún sitio rechazaban a mí pareja, me rechazaban a mí. Y eso lo tenía tan claro que eso pasaba por encima de mi madre, de mis hermanos y de quien fuera. Pero también es verdad que, a pesar de que todos lo saben y teóricamente lo aceptan, en momentos de discusión también me ha tocado oír: *Tortillera de mierda*. Y eso de personas que me aceptaban.

No todas tuvieron mi suerte. Conocí incluso una mujer que terminó trabajando en *La Palanca* porque no tenía otro medio de vida. Sé que en este aspecto de mi vida al menos, he sido una privilegiada. Incluso mis primeras salidas nocturnas a sitios de ambiente los hice con mi madre y su cuadrilla. Mi madre y yo nos llevábamos 19 años. Yo siempre he parecido mayor de lo que era, y mi madre más joven. Íbamos mucho a la discoteca *Macumba*, en Iparragirre. No era un sitio de ambiente sino de parejas, pero al final los sitios de ambiente los hacíamos las personas. Tiempo después se puso de moda *Reala*, que tampoco era de ambiente, en Rodríguez Arias. Aquello era lo mas *in* de todo Bilbao, rompedor total. Mucho antes de *Reala*, Cesar y Juan abrieron *Cotis*, y ahí fue donde conocí a *La Otxoa* que solía cantar de vez en cuando porque todavía trabajaba en el Hospital de Cruces. Tenían un pique tremendo entre *La Otxoa* y Martín, que también cantaba muy bien, para ver quién lo hacía mejor. *Cotis* fue el primer sitio explícitamente de ambiente que yo conocí. También es verdad que chicas que fuéramos a sitios de ambiente, éramos cuatro. Ahí conocí a uno de mis mejores amigos que años después murió a causa del sida. Quiso ligar conmigo pensando que yo era chico, y así nos conocimos.

Yo ahora soy súper femenina pero toda la vida he ido con el pelo muy corto, con pantalón vaquero, con camisa y con chaleco o chamarra. Siempre he vestido así. De hecho solía comprar la ropa en tiendas de chicos. ¿Por qué? Porque me gusta la ropa cómoda. Jamás he querido ser hombre, ni parecerme a un hombre. El hombre es hombre y yo soy mujer, y estoy encantada de serlo. No tengo que imitar en nada a los hombres. Pero me gusta la comodidad y para mí era cómodo el pelo corto y era cómodo el pantalón. Pantalón sigo usando, porque me gustan y porque me siento cómoda. Pero sí es verdad que ahora llevo el pelo más largo. Tampoco soy ya una quinceañera, como lo era en los 80. Ahora bien, no me he maquillado en la vida y nunca me han gustado las faldas. En el colegio que estuve interna me obligaban a usar falda y en cuanto salía me ponía el pantalón. ¿Qué tenía pluma? Sí, tenía pluma. Y me importaba un bledo. Yo iba cómoda, yo iba a gusto. Pero también he conocido mujeres con una pluma tremenda que no entendían. Es muy normal en este país.

Las chicas decidimos organizarnos

Cuando EHGAM alquiló en la calle Iparragirre un local, se dejaron de hacer las reuniones en nuestra casa. Fue entonces también cuando por un tiempo dejamos Bilbao y nos fuimos a vivir fuera. Estando EHGAM en aquella sede algunas intentamos hacer un grupo de chicas. EHGAM estaba muy orientado a chicos y creamos ESAM. Nos

reuníamos una vez a la semana. Yo en EHGAM no milité, pero en ESAM nos pasó lo de siempre, que había dos mujeres que sí provenían de EHGAM y eran las que marcaban línea en el grupo. Lo cierto es que éramos muy pocas. No estuve nunca en ninguna reunión en la que estuviésemos más de siete mujeres. Nunca. Era muy complicado y aquello no tuvo éxito. El grupo no duró ni un año. Había que compartir gastos, había que poner dinero y yo, por ejemplo, no tenía más que 14 años.

En aquellos tiempos era inevitable que las chicas frecuentáramos los ambientes gays. Tampoco es que en el ambiente hubiera muchas chicas o, al menos, yo conocía muy pocas y normalmente me relacionaba con chicos. Mis amigos eran todos chicos, chicos gays. ¿Cuándo empecé a conocer otras chicas? Cuando empecé a frecuentar el *Llois*, una discoteca anterior a *Distrito 9*. *Llois* me encantaba, solía decir que era como el salón de mi casa. Cuando todavía no trabajaba salía de clase y allá me iba. Ahí fue donde empecé a conocer a otras chicas, a un montón de chicas. Y todavía nos juntamos de vez en cuando las chicas de aquella época. Hace poco hicimos una comida en casa y nos juntamos 17 mujeres.

Conociendo y disfrutando el ambiente

Lo lógico entonces, como ahora, era rodearte de gente afín a ti e ir a sitios que eran afines a ti. Cerraron *Llois* pero abrieron *Distrito 9*; cerraron *Golar* pero abrieron *Harris*; cerraron *Cotis* pero abrieron *La Chufa*, abrieron *Totolo*; cerraron *Totolo* pero abrieron *El Convento*… y mucha más gente se fue sumando. El primer sitio donde más chicas de una manera abierta empecé a ver fue en *Totolo*. Probablemente porque la dueña y las chicas que estaban en la barra también eran lesbianas. *Totolo* estaba en Barrenkale, junto a *La Chufa*. El papel que jugaron todos estos bares fue fundamental, y no sólo en Bilbao. En todas las ciudades fue igual. Barcelona sería muy cosmopolita, mucho más que Bilbao, pero cuando ibas terminabas yendo a los bares de ambiente.

¿Eran ghettos? Creo que todo es relativo. Habrá quien los vea como tales y quizás tengan razón, pero al final eran los únicos lugares donde nos sentíamos bien y podíamos ser nosotras mismas. Y nos sentíamos bien a pesar de que todavía estaba vigente la Ley de Peligrosidad Social y estar en esos sitios podía resultar peligroso. Nos daba igual, la represión nos la pasábamos por… También nos juntábamos mucho en casas de amigos. En mi caso fundamentalmente eran chicos.

De noche había muy pocos sitios abiertos y en esos pocos nos juntábamos de todo: los y las que bajaban de *La Palanca*; los y las que venían de haber *hecho la carrera*

en *El Balcón de la Lola*; las que no habíamos pillado nada porque no había nada que pillar en la calle; más todos los (policías) secretas que frecuentaban *Harris*. *La Charcu* nos solía alertar cuando había peligro. Algunos policías iban a *Harris* porque entendían, pero la mayoría iba a vigilar. A veces nos sacaban a todos con el DNI en la boca. Nunca me detuvieron, pero sí sufrí alguna redada y sí se llevaron a gente que estaba conmigo. Ahora bien, con toda la represión que hubiera, nunca nos quitaron las ganas de divertirnos, de pasarlo bien y de ser nosotras mismas. Y recuerdo la solidaridad que había entre todas y todos nosotros. Como decía antes, en nuestra casa hemos tenido gente que echaron a la calle y no tenían dónde ir. No teníamos todos los recursos oficiales que hay hoy, pero no faltaba quien prestara ayuda y solidaridad a quien lo necesitara.

Recuerdo también las reuniones que hacíamos en Tango, la tienda que Santi, el dueño de *Perro Chico* tenía en Gregorio de la Revilla. Cuando cerraban nos juntábamos en el sótano que tenía debajo de la tienda. No eran reuniones sólo de gente homosexual, eran más bien intelectuales donde se hablaba de todo, con total libertad. También de sexualidad. Fue allí donde yo aprendí que a las personas que les gustaban tanto los hombres como las mujeres eran bisexuales. Yo no había oído la palabra bisexual en mi vida. En esas reuniones nos sentíamos libres para poder hablar de cualquier cosa. Está claro que al final los recursos te los buscas. E igual que nosotros, quienes nos precedieron y vivieron su homosexualidad en los años 50. La que buscó, encontró: los pinos de Aixerrota, *El Balcón de la Lola*, el *Arriaga*, cuando el Arriaga era el Arriaga… nos buscábamos la vida.

Sí es cierto que los chicos tenían su sexualidad mucho más a flor de piel. Las chicas, al menos en mi caso, podíamos estar un mes sin tener sexo, y no pasaba nada. Los chicos buscaban donde fuera y de la misma manera que les es más fácil *hacer pis* en cualquier esquina, encontraban sexo donde fuera.

Decepción por el movimiento feminista

A mediados de los años 80 conocí de cerca el incipiente movimiento feminista. Recuerdo una de las primeras reuniones como tal del Colectivo de Lesbianas Feministas de la Asamblea de Mujeres que hubo en Bilbao de la que salí muy decepcionada. Estuve en reuniones de muchas mujeres que se hacían en el Teatro Arriaga, antes de las inundaciones del 83, y nunca compartí sus ideas. A mí los radicalismos no me gustan, nunca me han gustado. Yo estoy orgullosa de ser mujer, nunca he querido ser

hombre, ni parecerme a un hombre, ni mirar a ningún hombre. Nunca entendí que para reivindicar nuestros derechos y conseguir la igualdad con los hombres, tuviéramos que menospreciar a los hombres. Eso lo viví, lo presencié y lo escuché. Determinadas manifestaciones de grupos de mujeres a mí no me gustaban. Un 8 de marzo no nos dejaron entrar en *El Convento* porque venían unos amigos con nosotras. Eran chicos que entendían y no nos dejaron entrar. Yo no lo podía entender. Si querían hacer una fiesta privada, que se la hubieran hecho, pero si aquello era un bar con la puerta abierta ahí podía entrar todo el mundo.

Igual es que coincidió que conocí a las mujeres más recalcitrantes que había en ese momento en el movimiento feminista. Si tuve contacto con el movimiento pero fue fugaz. Quizás eran momentos de mucha radicalidad. Y eso que me parecía muy bien, por ejemplo, que en *Txoko Landan* un domingo al mes la fiesta fuera sólo para chicas. Ese día yo sabía que no podía ir con mis amigos y me parecía perfecto. Si quería iba, y si no, no.

Mis referencias personales nunca fueron machistas. En casa no viví nada de eso. Mi abuelo sí era un señor autoritario pero al final la que mandaba, la que hacia y deshacía, era mi abuela. Y como en casa no teníamos padre, era otra historia. Al movimiento feminista le hizo mucho daño las propias mujeres que pretendían arrinconar a los hombres.

El sida se llevó a muchos amigos

No quisiera terminar sin recordar a todos aquellos amigos que murieron víctimas del sida. De algunos supimos que murieron de alguna enfermedad provocada por el sida años después, porque eso no se podía decir. El primero que conocí que murió de sida fue José, aquel que quiso ligar conmigo en *Cotis*. Era una persona encantadora y además muy guapo. Éramos muy amigos. Oficialmente murió de una neumonía.

El sida se ocultaba por las familias y por el miedo que la pandemia generó. Al principio nos decían que sólo con darte la mano te podían infectar. Tampoco sabíamos a ciencia cierta cómo se transmitía, como se había infectado la gente. Ni siquiera sabíamos cuáles eran los síntomas. Las propias personas cuando enfermaban se aislaban. Lo cierto es que, si no estabas en ese ambiente o conocías de primera mano a hombres homosexuales, no te enterabas de que la gente estaba muriendo de sida.

Todavía recuerdo la primera vez que salió públicamente Josu Unanue diciendo que era seropositivo. Era la primera persona públicamente no homosexual que yo conocía que vivía con el vih. Fueron años muy raros y muy complicados. Por lo que fuera desaparecías del ambiente durante una temporada y a tú regreso resulta que habían muerto tres o cuatro. Y en el Colectivo también se dio la discusión, entre quienes pensábamos que había que implicarse en este tema y quienes defendían que era un problema de los hombres.

Las cosas sí han cambiado, y mucho

En los últimos años las cosas han cambiado mucho. Los cambios, sobre todo en materia legal, han sido impresionantes. También socialmente. Personas que nos parecía que jamás aceptarían que su hija se casara con una mujer, lo han aceptado. Y sin embargo, en cuestión de ambiente creo que las cosas han cambiado muy poco. Veo a las chicas adolescentes de ahora y siguen siendo igual que nosotras cuando teníamos su edad. Con una pluma que te mueres, todas parecen chicos. Para encontrar una chica femenina te las ves y te las deseas. No sé si han cambiado tanto las chicas. No sé si hay una edad en la que necesitas reivindicarte y lo haces, igual que lo hacíamos nosotras, con la pluma.

Lo que si ha cambiado es represión. Hoy vemos cómo han regulado el espacio público para prohibir los encuentros sexuales. Me parece tremendo. No todo el mundo tiene 60€ para poder irse a un hotel. No entiendo cómo ponen patrullas de municipales en Santo Domingo, porque lo ha denunciado el PP, pero curiosamente no ponen patrullas -ni quiero que las pongan- en Artxanda, donde hay parejas heterosexuales haciendo lo que les da la gana. Ahora bien, si hablamos de la represión que se vivió durante el Franquismo o los primeros años de la Transición, lo cierto es que no he vivido ni la mitad de la cosas que han podido vivir mujeres que tienen más años que yo. Y por mi forma de ser, nunca he vivido dentro de ningún armario, nunca he visto la necesidad de ir contando con quién me acuesto, pero tampoco nunca he estado enclaustrada.

Bizkaia, mayo de 2015

JOSU

- **Hay que aceptarse cada uno como es, porque la gente te acepta sólo si tú te aceptas**

Soy Josu, tengo 64 años y estoy jubilado. Fui maestro, siempre me gustó mucho la profesión y he vivido bien. La nuestra era una familia ni estructurada ni desestructurada. Mi padre era contratista de obra y trabajaba mucho. En casa no lo veíamos demasiado aunque el hombre sí se preocupaba mucho por su familia de origen. Es decir, tenía una relación muy estrecha con su padre, su madre y sus hermanas y a nosotros nos tenía como abandonados. Mi relación con él era sólo los domingos, cuando me llevaba al fútbol. A mí el fútbol no me gustaba nada, pero mientras yo jugaba con mis amigos, él jugaba con los suyos. O íbamos al cine. Con mi madre tampoco tuve nunca una relación muy próxima. Aunque suene fuerte decirlo, es una persona que nunca ha conocido el sentimiento de cariño.

En mi familia nunca tuve cariño y quizás por eso he tratado de compensar esa falta tanto con mi profesión como con mi hijo y mi hija, y ahora con la nieta. No sé cómo he podido conseguirlo pero mis amigos y las parejas que he tenido siempre me catalogaron de inglés, es decir, flemático. Soy una persona que no reflejo nunca mis sentimientos, nunca. Puedo estar alegre, puedo estar triste…

Estudié en un colegio de chicos, del *Frente de Juventudes*. Recibí una educación muy castrante. No sólo por la cuestión católica con la que nos machacaban. Solíamos ir mucho a eso que llamaban ejercicios espirituales en los que todo era castrante, todo era malo. En aquellos tiempos lo único que escuche acerca de la homosexualidad fue en boca de un cura. Todavía me acuerdo de él, de su nombre y sus apellidos. Fue increíble. Nos dijo que algunos hombres que tenían relaciones con mujeres, cuando se aburrían de ellas tenían relaciones con hombres.

Tenía yo 14 años y era la primera vez que oía hablar sobre relaciones homosexuales. Siempre estuve entre hombres. Cuando terminé el bachillerato, hice Magisterio y durante la carrera hicimos un campamento en el que también todos éramos hombres. Las relaciones que yo hacía con mis compañeros eran de amistad. Nunca llegué a sentir la sensación de que mis compañeros me gustaran, o no. Miraba sí, pero no era atracción física. Para cuando fui a la mili ya tenía novia y me casé virgen. Aquella era una época totalmente diferente.

No puedo decir que me casara enamorado

Cuando me casé con la que sería mi esposa no voy a decir que estuviera enamorado. Tampoco sé bien a qué se refieren cuando hablan de mariposas en el estómago. Yo nunca he sentido eso, ni por ella ni por ninguna de las parejas hombres que luego he podido tener. La verdad es que la nuestra era una relación muy buena. Siempre tuvimos una relación muy buena y la seguimos teniendo. Incluso en el sexo. En la cama, de verdad, nos las arreglábamos bien, hasta que en un momento dado cuando ya llevábamos más de 20 años de casados empecé a fantasear con la homosexualidad gracias a internet. Fue empezar a oír cosas, entrar en páginas y recuerdo un momento importante para mí cuando en la revista *Zero* salió un militar de alta graduación declarándose homosexual y pensé:

- ¿Y si yo soy igual a él y no me atrevo?

Para mí ese fue un momento de inflexión. Luego empecé a conocer hombres a través de Internet. Al principio sólo hablábamos, hasta que un día en la playa con 49 años tuve un encuentro sexual con un hombre, un hombre que no me gustaba nada, ni físicamente ni como persona. Nada. Fue a raíz de este encuentro que empecé a no sentir ninguna atracción sexual por mi mujer. Ella empezó a preocuparse y pasamos unos momentos malísimos, atroces.

Fue una temporada muy mala en mi vida. Recuerdo que me quería morir; quería que me pillara el tren, o un autobús, porque no sabía cómo hacer frente a eso que me estaba pasando a esa edad, con unos hijos ya mayores. Al final, un día que ya no pude aguantar más una situación tan insostenible para los dos, hablé con mi mujer. No sé de dónde saqué fuerzas pero lo solté todo. Me quedé vacío, totalmente vacío, pero al mismo tiempo con mucha paz. A mi mujer la confesión le sentó como una patada, fue muy duro para ella. Al principio pasamos una temporada dura pero al final lo superamos y hoy seguimos siendo amigos.

Durante un tiempo pensé que podía ser bisexual. Estando casado veía revistas pornográficas tanto heterosexuales como homosexuales y en el fondo todas me gustaban, aunque nunca me planteé dar el salto a tener relaciones con otro hombre. La vida sexual con mi pareja era normal y si no, siempre podía recurrir a la autosatisfacción. Me compensaba más la estabilidad emocional que me ofrecía mi matrimonio y la propia familia como para romper con todo eso.

Di el paso a un mundo que no conocía de nada

Cuando di el paso mi gran preocupación era no saber muy bien dónde me estaba metiendo. Era un mundo que no conocía de nada. Tenía la idea estereotipada de que todo el mundo homosexual era monolítico, de gente joven, de gente guapa y de gimnasio. Pensaba:

- ¿Qué coño voy a hacer yo al borde de los 50 años en ese mundo?

Por suerte un amigo me aconsejó ir a *ALDARTE*, el Centro de Atención a Gays, Lesbianas y Transexuales, y ahí aprendí a reconocerme, a asumirme y a aceptarme, de modo que empecé a dar los primeros pasos, viviendo todavía en casa con la familia. Aunque suene fuerte aún dormía con mi esposa. Compartíamos cama. Yo no tenía a dónde ir, hasta que mi madre, que vivía con mi hermana, me dejó su casa. Eran unas navidades. Estando yo arreglando la casa en un momento dado llamaron a la puerta y se presentó ella, mi mujer. Entre los dos terminamos de arreglar la casa y cuando ya estaba en condiciones me fui a vivir solo.

Recuerdo que esos días hablé con mi hermana y le dije:

- Por primera vez en mi vida estoy solo.

Se me cayó el mundo encima. No sabía si sería capaz de hacer frente a esa situación, de rehacer mi vida y de lanzarme a la piscina, por decirlo de algún modo. Para mi desgracia siempre he sido una persona muy tímida y tampoco frecuentaba los lugares de ambiente. Nunca me gustó trasnochar ni salir de noche, ni formar parte del decorado. Yo soy de los que nunca se ha atrevido a dar el primer paso para un encuentro. Un día en la sauna un hombre me miraba y yo le miraba. Así estuvimos un buen rato, mirándonos, pero ninguno de los dos dio el paso. Al día siguiente nos volvimos a encontrar en la playa, en La Salvaje. Los dos nos reímos pero tampoco entonces pasó nada.

Por suerte para las personas como yo está el Internet y a través de la red sí conocí gente. Incluso estando todavía casado conocí a un hombre y tuvimos una pequeña relación. Yo pensaba que lo que teníamos era más de lo que en realidad era, y se acabó. Quedamos como amigos. Ahí me di cuenta de que es duro pero que hay gente de todo y para todo. Con los años sí tuve una serie de *novietes*, por llamarlos de alguna forma, y ahora tengo una relación estable que dura ya 12 años.

Sigo siendo la persona que mi hijo siempre conoció

Cuando nos separamos mi mujer me dijo que tendría que hablar con los hijos. Por suerte los dos eran mayores de edad. Pese a todo cometí un error del que luego me arrepentí. Primero se lo dije a mi hija, que era la más pequeña, y luego hablé con mi hijo. No se los dije a los dos a la vez. Mi hijo ya lo había estado pasando mal con la separación porque fue la única pareja de padres en su grupo de amigos que no estaba separada y le sentó muy mal que lo dejáramos. Pero no me dijo nada. Mi hija me abrazó y me dijo que yo seguía siendo su padre. Para mí ese abrazo fue muy importante. Con mi hija nada cambió. Con mi hijo al principio sí. Hasta que pasó algo que le mostró que yo seguía siendo la misma persona que él había conocido siempre. Para mí mis hijos son lo más importante del mundo y saben que pueden contar conmigo absolutamente para todo.

Sé que en estos momentos tengo otra familia, pero para mí son dos cosas diferentes. Yo estoy con mi pareja, estamos juntos, pero no es lo mismo. No sé cómo explicarlo, pero no es lo mismo. No es lo que tenía con mi mujer y mis hijos. Quizás sea porque él también es mayor, suele ir mucho a comer con su madre y yo estoy con mis hijos. Incluso con la familia de él hemos tenido sus más y sus menos pues ha habido acontecimientos familiares a los que no fui requerido y me sentó mal. Para ellos yo soy un amigo. Así me presenta él, pese a que hasta su madre es consciente con tantos años que llevamos juntos de la situación y me llama *hijo*. Yo creo que nuestra relación es distinta, ni peor ni mejor que la anterior. No sé si es por la educación que recibí, pero yo nunca he sentido por mis parejas, ni por mi mujer antes ni por mi pareja-hombre ahora un sentimiento tan profundo como el que siempre he tenido por mis hijos.

Los amigos lo son, sin condiciones

Fuera de casa sigo con la misma cuadrilla de antes, formada por matrimonios de hombres y mujeres y una pareja de dos chicos. Todos saben y todos aceptan. Es cierto que al principio alguno era bastante homófobo, pero las cosas han cambiado y yo me siento aceptado plenamente. Los amigos son amigos, sin condiciones. Es posible cambiar los prejuicios de la gente cuando te conocen, porque en el fondo son conscientes de que tú sigues siendo la misma persona que apreciaban y hagas lo que hagas luego de puertas adentro, o en el trabajo, o en la sociedad, o dentro de la cuadri-

lla, sigues siendo la misma persona. Nada cambió con ellos. Bueno sí, cambió una cosa muy importante pero en mi día a día, en mi relación con ellos nada cambió.

Ahora que tengo pareja, tampoco salgo mucho por el ambiente. De vez en cuando solemos ir al teatro y después nos vamos a tomar algo al Casco Viejo, pero por lo demás somos muy hogareños. Hasta el cine lo solemos ver en casa.

En *Zaharrok* estoy para ayudar

Yo no viví mi juventud como homosexual, pero sí mi madurez. Por eso participo en *Zaharrok*, el grupo de personas mayores del que surgió la idea de recopilar la memoria histórica. Estoy en *Zaharrok* porque me mueve ayudar a la gente, tanto a hombres como mujeres, a darse cuenta de que hay que aceptarse cada uno como es, que la gente te acepta sólo si tú te aceptas. Cuando hemos ido a alguna escuela a hablar con jóvenes eso mismo les he dicho a chicos y a chicas:

- Primero tienes que conocerte tú, tienes que aceptarte.

Sé que no siempre es fácil. Los condicionamientos sociales siguen siendo difíciles. Es duro ser distinto, ser diferente. Es duro formar parte de un grupo que no encaja en eso que se entiende por normal. Para eso estamos nosotros, para ayudar. Aquí hemos tenido muchas personas, sobre todo hombres, que no saben cómo dar el paso. A todos ellos les decimos que no se puede estar viviendo una verdad que no es. Eso es muy castrante. También para mí fue muy duro. Durante mucho tiempo no fui yo y al no ser yo no vivía como yo y eso se reflejaba en mi vida: en las relaciones en casa, en las relaciones en el trabajo y en mi vida. Por mucho que fuera con una sonrisa a todas partes, en la mirada se notaba que algo fallaba en mí. Nosotros estamos como grupo para ayudar a la gente a dar ese paso. Estamos en pleno siglo XXI y todavía hay gente que lo está pasando muy mal. Es duro dar ese paso pero a la vez es muy gratificante

---

La enseñanza reglada no es Educación

Pienso que también mi trabajo me ha ayudado a encontrarme conmigo mismo. Tengo que reconocer que no me gusta la palabra Educación para referirnos a la enseñanza reglada. Educación es lo que se da en la familia. A la escuela las chicas y chicos vienen a aprender, aprender a ser personas, a tener unos valores. Para eso está la es-

cuela, para que aprendan a aprender. Donde yo estudié era *calla y aprende*. Yo iba a un colegio privado. Tenía una beca y estudiaba en casa. Siempre fui muy sensato: salía del colegio y me iba a casa; hacía los deberes y no salía a jugar hasta que los terminaba. Pero era una enseñanza terrorífica. Palos y vejaciones estaban al orden del día porque como entonces decían, *la letra con sangre entra*.

Cuando empecé a trabajar en la escuela, había todavía como muchas reminiscencias franquistas pero con mucha gente joven con ganas de hacer cosas. Recuerdo bien al colectivo pedagógico *Adarra*. Hace casi 40 años daba gusto trabajar con esta gente. Cuando Franco murió yo ya estaba trabajando. Para entonces la mayoría de aulas eran mixtas y a mí siempre me gustó tener un contacto con los alumnos. Pese al esfuerzo que el profesorado hacía por reciclarse y por aprender para poder enseñar, en las aulas todavía no se hablaba ni de diversidad ni de orientación sexual. En ese momento las preocupaciones eran más básicas. Nuestro objetivo era hacer una enseñanza más ágil, más divertida, preocupándonos de cosas que hasta entonces ni se veían, como las dislexias o las distrofias.

Yo el primer niño autista que tuve nadie me habló de él, era un niño que de repente se ponía a escribir en las paredes y yo no sabía qué hacer con él. Nadie nos había hablado de eso. Teníamos que formarnos por nuestra cuenta. A eso hay que añadir que en los últimos años del Franquismo y durante la Transición teníamos que empezar con el *euskara* y era salir de la escuela e ir a cursos intensivos de *euskara*. Eso suponía que nuestra vida familiar también se deterioraba. Pero lo cierto es que teníamos muchas ganas de aprender.

Lo primero que empezamos a hacer sobre temas de orientación o diversidad sexual fue por encargo de una compañía de teatro. Era un teatro de guiñol que venía con una unidad didáctica que hablaba sobre homosexualidad. Hasta entonces no había nada en la escuela, absolutamente nada. Pero no sólo entonces. Todavía hoy sigue siendo un tema que no se trata con seriedad en los centros educativos. Sigue habiendo mucho *bulliyng* homofóbico y se sigue sin atajar el tema. Es más, creo que vamos para atrás.

Algo sí se está haciendo, no lo podemos negar. Se hacen cursillos específicos para tratar estos temas pero creo que todavía se hace poco. Y eso que los niños no son tontos. Hace tiempo me llevé una grata sorpresa con un niño. Resulta que los maestros empezamos a llevar el lazo blanco cada vez que un hombre mataba a una mujer. Aquel día el niño me echó en cara que no llevara el lazo blanco.

- Pero hoy no han matado a ninguna mujer…

- Ya, pero un hombre ha matado a su novio.

Todo estaba dicho. Los niños ven que hay otras formas de vida, de relación y las aceptan como son.

Araba, septiembre de 2015

ISABEL

- **La militancia política y mi opción personal de vida, siempre fueron de la mano**

Soy Isabel, nací en un pequeño pueblo de la Sierra andaluza en 1952 y con 14 años vine a vivir a Euskadi, a Barakaldo en la Margen Izquierda. Desde niña yo era la rara de las amigas porque no me gustaban los chicos. Las amigas me utilizaban para mandar recaditos a los chicos porque yo era como una cosa neutra. Yo me decía que como era muy activa no me gustaba jugar a las muñecas y que prefería los juegos de chicos. Era todo un *chicazo*. Me encantaba jugar a fútbol con los chicos y con 12 años en el pueblo era la única chica a quien los chicos dejaban jugar a fútbol porque lo hacía mejor que ellos. Mi padre siempre que me veía, me reñía y me mandaba a casa:

- Agarra una aguja y un dedal y aprende a ser una mujer del mañana.

Así me decía y yo no entendía qué quería decir con eso de *mujer del mañana*. Siempre me sentí diferente a mis amigas. A ellas les gustaba tontear con los chicos, lo normal en plena adolescencia. A mí no. Las amigas me presionaban para que me gustara algún chico y yo me sentía mal porque no tenía interés en ellos. Pero tampoco en las chicas. Aunque sí recuerdo que en la escuela me llamaban más la atención las maestras que los maestros. Pasaba horas esperando que pasaran las maestras por el puro placer de verlas pasar. También me gustaba estar con las niñas que llegaban de fuera porque no estaban tan condicionadas por sus familias y se podían permitir soñar con ser artistas y vestir pantalones, cosa que en los años 50 estaba prohibido para las chicas de nuestro pueblo. En casa yo sí me ponía los pantalones de algún hermano para jugar. Era diferente a las demás niñas, pero no recuerdo que tuviera ningún problema por ser diferente a ellas.

De la época de la escuela recuerdo muy bien las *peyas* que hacía. Me juntaba con Marcelino y nos íbamos al río a coger cangrejos. A la escuela casi ni iba. No terminé ni la primaria y a leer y a escribir bien aprendí años después en el partido. Era muy curioso porque a los niños los controlaban mucho que fueran a la escuela, pero si las niñas faltábamos nadie se preocupaba. Pensaban que estaríamos ayudando a nuestra madre.

En casa éramos 15 hermanos. Yo era la número 10 por lo que no me tocó cuidar de los pequeños. Mi única obligación era ir a comer y a dormir. Cuando llegué a Euskadi

yo era una cría que no había salido de un pueblo de la Sierra y que nunca había visto el mar. Lo que más me llamaba la atención era cuánta gente podía vivir junta. En Barakaldo me sentaba en Los Fueros y me quedaba horas mirando a la gente pasar. Pensaba dónde vivirían, qué harían…

Primero emigró mi abuela, en los años 50. Se vino con un montón de hijos. Cuando murió mi padre empezaron a venir los hermanos mayores que empezaron a casarse aquí. Yo llegue muy joven porque una de las cuñadas tuvo un embarazo difícil y le recomendaron reposo. A mí me mandaron para ayudarla con los dos niños que ya tenía y por eso me dejó mi madre venir. Luego ya no quise regresar. La última en venir fue mi madre con los hermanos pequeños.

Inmersa en la lucha de clases

Como muchos empecé en el mundo de la lucha de clases en el 68 dentro de la JOC, la Juventud Obrera Católica. A trabajar empecé como empleada de hogar y ahí adquirí inquietud por la problemática de las mujeres. Me organicé con otras empleadas para reivindicar lo que se consiguió después de muchos años y muchas luchas: tener un convenio. Ese fue mi primer contacto con los movimientos. Conocí gente de partidos políticos y tuve mi propio proceso: primero estuve en EMK (Movimiento Comunista de Euskadi) para pasar posteriormente a LKI (Liga Comunista Revolucionaria), que eran trotskistas. Ahí estuve durante muchos años. Esa fue mi trayectoria.

Cuando empecé a trabajar en una fabrica me involucré en la lucha sindical cuando todavía ni existía Comisiones Obreras. Estoy hablando de los primeros años de los 70 cuando yo tenía 21 años. Posteriormente milité en CCOO, reivindicando las problemáticas de la mujer dentro del sindicato. Durante un corto periodo incluso formé parte de la Secretaría de la Mujer con otras compañeras que más tarde formarían la Asamblea de Mujeres de Bizkaia. Esa fue mi trayectoria en el movimiento obrero-sindicalista. Cuando me despidieron de una empresa grande, pasé a un pequeño taller donde no había mucha posibilidad de *hacer la revolución*, como solíamos decir, y me pasé a la Asociación de Vecinos del barrio.

En esa época yo ya me sentía mal interiormente porque nunca me había enamorado. Recuerdo con cariño y agradecimiento a un grupo de mujeres que conocí en la AAVV durante 1977. Como yo eran muy jóvenes, se abrieron a mí y me invitaron a trabajar con ellas. Me dijeron que eran lesbianas. Aunque yo seguía integrada en el partido y

ellas eran independientes, me pasaban libros y materiales para leer y con ellas empecé mi propio proceso de clarificación.

Coincidió además con una época difícil en mi vida en la que me sentía mal porque compartía piso con una camarada, como decíamos entonces, de la que me había enamorado. Nunca se me pasó por la cabeza que aquello pudiera ir a más. No voy a negar que hubiera atracción física por esa mujer, pero en mi fuero interno me decía que la atracción que sentía por ella era porque no había ningún chico en mi vida. Fueron las mujeres de la AAVV las que me aclararon las cosas. Con ellas aprendí que lo que me pasaba era normal, sin ninguna perspectiva más allá de reconocerme a mí misma. Al final me fui distanciando de la camarada en cuestión y tuve que hablar con ella. En realidad cómo actuar cuando estaba con ella. Lo primero que hice fue cambiar de habitación pues dormíamos en el mismo cuarto. Cuando se lo dije resultó tan amiga que no tuvo problema alguno en decirme:

- Te quiero tanto que si tú quieres sexo, yo estoy dispuesta.

Aquello fue demasiado para mí y decidí cambiar de casa e irme con otra gente. Yo sabía lo que me estaba pasando pero lo vivía sin bombo ni platillo. Hay que ubicarse en la época para entender esta actitud. Yo era muy combativa y para mí, por encima de cualquier inquietud personal estaba la lucha colectiva. Con tantos problemas como había para combatir, no tenía tiempo para mí.

Intervenir en el movimiento feminista

En el partido no abordábamos el tema de la diversidad sexual. Luchábamos por la liberación de la mujer, pero dentro de la lucha global por la liberación de la Humanidad. En la AAVV donde trabajaba había un grupo de mujeres y el partido teorizaba sobre la oportunidad de intervenir en esos movimientos que, entre comillas, calificaba de pequeño-burgueses. Si embargo las mujeres de los partidos que militábamos en los grupos de mujeres enseguida nos dimos cuenta de lo primordial de aquella lucha y decidimos implicar a nuestros partidos en esa lucha. Lo que se discutía en la Asamblea de Mujeres nosotras lo planteábamos en nuestros respectivos partidos y así fue como se fueron formando grupos de mujeres dentro de los propios partidos para hacer que las estructuras asumieran las reivindicaciones feministas.

En aquella época nosotras no sólo nos peleábamos con los hombres de nuestros respectivos partidos, también lo hacíamos con las mujeres independientes que no com-

partían la doble militancia que nosotras llevábamos y eso generaba fricciones dentro de la Asamblea.

Conociendo a otras lesbianas

Empecé a conocer mujeres dentro del mismo movimiento feminista. Algunas mujeres crearon el Colectivo de Lesbianas Feministas dentro de la propia Asamblea de Mujeres y eso forzó al movimiento a trabajar y debatir sobre lo que planteaban las mujeres lesbianas. La Asamblea, como los partidos a otro nivel, también hacía reduccionismo de lo que era una problemática muy específica. Recuerdo que cuando se decía que había que reivindicar la identidad lesbiana, en la Asamblea no teníamos claro qué era eso ni porqué había que reivindicarla. Hubo mucho debate en torno a ese tema.

En esa misma época yo conocí a mujeres de LKI de las que me enamoré, y ellas de mí. Nos reconocíamos dentro del partido en la convivencia diaria. Y fuera de todos estos marcos de lucha existían y disfrutábamos de los bares de ambiente. En aquellos años de clandestinidad el ambiente era muy importante para las personas que habíamos hecho una opción sexual diferente. Para nosotras eran referencia *Lamiak*, uno de los primeros establecimientos donde nos podíamos sentir seguras y con complicidades con las mujeres que estaban llevando el bar. Además estaban *Bizitza* y *Canela*, y una serie de bares mixtos donde también nos sentíamos arropadas. También fue importante un local que tenía EHGAM donde nos permitieron una vez al mes organizar nuestras propias fiestas. Ese era nuestro feudo.

Para mí la militancia política y mi opción personal de vida siempre fueron de la mano. Por eso puedo decir que a diferencia de otras personas, nunca viví una doble vida. Tampoco a nivel familiar. Recuerdo que cuando con 30 años le dije a mi familia que era lesbiana, me dijeron con mucha sorna:

- Tranquila, debe ser hereditario. A tu abuelo Enrique lo pillaron con un chico en la cama.

Lo dijeron de chufla, por si yo estaba apurada y para quitarle hierro al asunto. Y si tardé tanto en sincerarme con la familia fue porque con 18 años, antes de la muerte de Franco me había ido de casa a vivir en la clandestinidad. Lo hice por ellos, porque tenía 15 hermanos y en casa guardaba material que los podía implicar y poner en peligro. Por eso decidí salir de casa y vivir clandestinamente. En casa no supieron de mí hasta la muerte del dictador.

Aunque en casa nunca habíamos hablado del tema, he de reconocer que tampoco nunca me presionaron para que me casara o me echara novio. Durante un tiempo alguna cuñada me apremiaba con esos temas y fue por eso, sobre todo, que decidí hablar con todos. Así cuando me preguntaban algo yo era directa: *No me gustan los chicos, prefiero las mujeres*. Y con la familia directa, con hermanos y hermanas, nunca hubo problema. Siempre que había algún evento familiar me invitaban con la pareja de turno sin cuestionar nuestra relación. Si por detrás me censuraban o no, no lo sé. Delante nunca. Y ahora que algunos de los sobrinos son gays mucho menos. Lo aceptan con toda normalidad.

Agredidas por mostrar afecto en público

En el trabajo sí lo sabían, pero no se hablaba. Preferían obviar el tema y yo tampoco veía la necesidad de decir con quién me acostaba y con quién no. En la calle en la década de los 80 sí tuve encuentros muy desagradables frente a cualquier manifestación pública de afecto con alguna de mis parejas. Había quien se tomaba la libertad de decirte cualquier burrada. Un día en un bar del Casco Viejo que no era de ambiente me quisieron agredir con una banqueta. Yo le hice frente al agresor:

- *¿A ti qué te pasa?*- le dije.

Tenía yo tan claro qué estaba haciendo que nunca me acobardé.

Mi cuadrilla estaba compuesta por chicas que militaban en la Asamblea de Mujeres o en *Matarraska*, el grupo de mujeres jóvenes. Todas juntas vivíamos la noche de Bilbao a la vez que participábamos de todas las movidas. En mi caso encontré amigas y novias en la militancia, aunque también ligábamos con mujeres que ni militaban ni eran feministas. Aquello era ligar por ligar, y luego te dabas cuenta de que no tenías nada que ver con ellas. Nosotras todo el día con la Revolución a cuestas y ellas todavía escondiéndose de su familia. Algunas se llegaban a espantar con nosotras de lo públicas que éramos en ciertos ambientes.

Leyes más adelantadas que la propia Sociedad

Aunque las cosas hoy han cambiado, me parece que en estos momentos estamos en el punto en el que algunas leyes están por delante de la propia aceptación social. Todavía hoy hay gente que teme manifestarse públicamente. Es verdad que ahora no

es políticamente correcto meterse con una lesbiana o con un gay, pero todavía hay mucho que hacer. El matrimonio hace años que es una realidad, aunque no para mí. Nunca me he casado porque nunca he mantenido pareja cerrada. Tampoco he vivido con ninguna pareja. He sido muy celosa de mi espacio y hasta ahora no me he planteado cambiar. Pero más allá de mi propia realidad, el matrimonio ha sido un avance innegable.

Yo no envidio a las nuevas generaciones de chicas lesbianas. Tuve la suerte de vivir mis opciones sin muchos condicionamientos por parte de mis entornos afectivos. Y eso es importante. Pero soy muy consciente de que mi vida no sirve de ejemplo para muchas mujeres que si lo pasaron muy mal, que tuvieron que romper con la familia por ser lesbianas o que no fueron aceptadas por su entorno. Por eso a veces pienso que la gente joven no valora lo que tiene y no lo reivindica. Temo que si no salimos a la calle a reivindicar estos derechos, los podemos llegar a perder lo mismo que hemos perdido derechos sociales. Ese temor es lo que más me preocupa.

Bizkaia, noviembre de 2015

TOÑO

- **En el partido no entendían que un obrero del metal como yo, del comité de empresa, pudiera ser gay**

Soy Toño, tengo casi 69 años y si tuviera que definirme diría que, miembro de EHGAM. Nací en un pueblo de la provincia de León y vine a Euskadi con 17 años. Para quienes me conozcan puede resultar extraño que diga esto pero, también yo como mucha gente de mi época durante mi juventud, en los años 70, tuve prejuicios contra las relaciones homosexuales. Ahora digo *homosexuales*, en aquella época decía *maricones* porque así era como se hablaba al respecto. De ahí mi sorpresa mayúscula cuando, con 24 años, me di cuenta de que también yo me fijaba y gustaba de personas de mi mismo sexo.

Mi padre era un hombre con fuertes convicciones izquierdistas pero en el pueblo se tuvo que callar la boca y nos tuvo que educar a sus hijos al modo tradicional, tal y como mandaban la Iglesia y la escuela de la época. Todavía recuerdo el día que Franco vino al pueblo y nos pusieron a los niños en un camión para cantarle. Aquel era un pueblo dominado por los franquistas.

Cuando en 1965 vine a Durango tampoco se podía hablar mucho. Fue a raíz de la muerte de Franco que las cosas empezaron a moverse. En aquellos años yo no tenía deseos homosexuales o, al menos, no soy consciente de haberlos tenido. En la mili, por ejemplo, no recuerdo fijarme en los cuerpos de los soldados. Supongo que interiormente tendría algún deseo opacado o frustrado, pero no era consciente de ello. Yo crecí con la idea de que tenía que tener novia, porque había que tener novia y me tenía que casar. Pienso ahora que de niño y adolescente me fijaría en algún chico, pero como digo no era consciente. Fue la mirada de un chico en la cafetería del *Arriaga*, en Bilbao, la que removió y cambió mi vida. Y no me arrepiento de nada.

La mirada que cambió mi vida

Todo ocurrió un día que había quedado en el *Arriaga* con un amigo para irnos de discoteca. El amigo no llegó y estando yo en el *Arriaga* un chico se me quedó mirando. Clavo sus ojos en mí de una manera que me conmovió. Quedé como hipnotizado por aquel chico y sin saber quién era, ni a dónde iba, ni qué quería, lo seguí hasta un bar en la calle Amistad. El chico en cuestión se me acercó y empezó a tocarme la pierna.

Él ya estaba como una moto, excitado y con una erección difícil de disimular. Yo temblaba. Me tranquilizó y de ahí nos fuimos a otro bar en la calle Autonomía, el *Oporto*. Aquel chico se agarró tal borrachera en aquel bar que se lo tuvieron que llevar y me dejó ahí tirado. En eso, me entro otro hombre que había estado escuchando mientras hablábamos y bebíamos y me pregunto:

- ¿Tú eres Toño?

A esa primera pregunta siguió otra, no tan inocente:

- ¿Quieres venir a mi casa?

Así empezó la que iba a ser mi primera experiencia sexual con otro hombre. Fuimos a su casa, tuvimos sexo y cuando acabamos me comporté de la forma más habitual en estos casos: salí de allí pitando, lleno de remordimientos y con la culpa revolcándose en mi estómago. Esa primera vez sí fue satisfactoria aunque yo no lo quisiera o no lo pudiera admitir. A partir de ese día ya nada fue igual. Me fijaba más en los hombres que en las mujeres, y de la mirada pasé a nuevas experiencias. Empecé a salir por el *ambiente*, conocí a muchos hombres y dejé mi cuadrilla de amigos heterosexuales de Elorrio.

Curiosamente 15 días después de ese primer encuentro tenía previsto viajar al pueblo, en León, para pedir la mano de la que era mi novia. En aquellos, años y más en un pueblo como aquel, la pedida de mano era toda una celebración y los preparativos de mi pedida estaban ya organizados. Me arme de valor, le escribí una carta a la mujer que hasta ese día había sido mi novia, no recuerdo bien lo que le puse, pero ahí murió nuestra relación.

Después de esa primera vez tuve relaciones sexuales con más chicos, pero nunca con aquel cuya mirada cambio mi vida. Era muy atractivo pero a partir de aquella borrachera todo se frustró. Muchas veces nos vimos, nos saludamos, recordamos aquel día pero, de sexo, nada.

Inmerso como estaba en mi nueva vida gay, recuerdo unas fiestas de Durango en las que con un grupo de amigos que entendían nos bajamos a Bilbao para disfrutar del ambiente. Nos fuimos al *Golan Fruits*, el bar de *La Charcu*, con tan mala suerte que en mitad de la noche hubo una redada y la Policía nos detuvo a todos. Nos llevaron a la Comisaría de Indautxu, estuvieron toda la noche burlándose y riéndose de nosotros y al día siguiente nos fueron soltando poco a poco. Esa fue mi primera y última redada.

Una lucha muy dura, pero muy bonita

A partir de ahí, decidí que tenía ganas de hacer algo para cambiar las cosas y empecé a militar en EMK (Movimiento Comunista de Euskadi). Ahí me di cuenta que también en los partidos de izquierda había gente con prejuicios homofóbicos y junto con unos compañeros empezamos a concienciar a los hombres del partido. Fue una lucha muy dura, pero a la vez muy bonita. Por mediación de una compañera del partido supe que una gente se estaba reuniendo en Bilbao con la intención de formar un grupo de liberación homosexual. Me puse en contacto con ellos y de esta forma participé de la creación de EHGAM (Movimiento de Liberación Gay de Euskal Herria). Así fue como me impliqué en la lucha del movimiento gay y desde el principio tuve muy claro que ese era mi sitio.

En EMK no había una posición coherente respecto de la homosexualidad. Había compañeros, y sobre todo compañeras, que apoyaban sin prejuicios, pero otros no. Cuando planteé el tema en el partido la gente quedó alucinada. No entendían que un obrero del metal como yo, con responsabilidades en el Comité de Empresa, pudiera ser gay. Al parecer, yo no cumplía con los estereotipos y requisitos para ser gay. Hoy quizás suene ridículo todo esto, pero en aquellos tiempos las cosas eran así. Los estereotipos marcaban, y mucho.

En EHGAM de las primeras cosas que hicimos como organización, recuerdo la manifestación que organizamos en colaboración con la COPEL (Coordinadora de Presos en Lucha). Salimos de Zabalburu y queríamos llegar hasta El Arenal, pero frente a la estación Abando los grises (Policía Armada) nos cortaron el paso y terminamos a carrera limpia por toda la ciudad.

En Durango había más hombres de EMK que habían salido del armario y junto con algún independiente formamos un talde del movimiento gay. En representación de todos ellos yo solía ir una vez por semana a las reuniones que EHGAM hacia en la cafetería *El Boulevard*, en El Arenal.

Outing involuntario en la portada de *Egin*

Como ya he dicho, yo trabajaba en una fábrica y era miembro de su Comité de Empresa. Como trabajador sufría por las actitudes machistas de mis compañeros. Un año fui con Imanol (Álvarez) a una manifestación que EHGAM organizó en Donostia.

Íbamos luciendo sendos sombreros de paja que se nos mojaron con la lluvia que hizo ese día y más que sombreros parecían pamelas. Se nos ocurrió ponerles una flor a cada sombrero y así fuimos a la *mani*. Al día siguiente la portada del diario *Egin* estaba dedicada a la manifestación: *Los homosexuales se manifiestan por las calles de Donostia*. Y en la foto, Imanol y yo en primera plana. Yo tenía la costumbre de llevar el *Egin* a la fábrica y lo solía dejar en la taquilla para que los compañeros lo leyeran. Ese día ni había mirado la portada cuando lo metí en la taquilla y no me di cuenta de nada hasta que sentí el revuelo que se formó en la fábrica. Los compañeros me miraban y se reían. Lo cierto es que con esa foto me gané el respeto de mis compañeros. A partir de ese día no me oculté jamás.

Mi familia también se enteró por el periódico. Dos hermanos vivían conmigo en Durango y cuando esa noche llegué a casa mi hermana dijo:

- Aquí viene el gay.
- Sí, -le respondí- *salí muy guapo en la foto.*

Eso fue todo. Jamás he tenido rechazo familiar, jamás tuve rechazo en la empresa por parte de los compañeros.

He de reconocer que tuve la suerte de que en mi familia jamás me reprocharon nada, jamás. Y eso que oficialmente yo jamás les he dicho que soy gay. Lo supieron por el periódico y lo aceptaron. Mi padre que había muerto en 1972, una vez sí me dijo:

- Yo sé cosas que tú no dices.

Pero nunca me llegó a decir qué, aunque ahora pienso que él ya intuía algo de lo que yo mismo ni siquiera sospechaba entonces. En casa tampoco me presionaron nunca para que me casara o formara una familia. Hasta eso mis padres eran muy liberales.

De ligue por las calles del *Botxo*

Antes de que se abrieran los bares gays como tales, en Bilbao había una serie de establecimientos donde había cierta permisividad o se daba el ligue callejero en sitios como *El Balcón de la Lola*, el aparcamiento de El Arenal –ahí yo ligaba mucho- y la cafetería del *Arriaga*, *La Opera*, que era un lugar de encuentro muy concurrido. En el Parque de Doña Casilda también había ligue pero yo nunca lo frecuenté. También fui asiduo de los baños públicos. En las *bomboneras*, como les decíamos, había mucho morbo y se podía conocer a muchos hombres. Entrabas, te ponías en el urinario y

con la mirada ibas captando a los hombres que tenías a tu lado. Si alguno de los dos tenía dónde ir, bien; si no, nos arreglábamos en el coche. Hoy día se hace igual, aunque ya no hay tantas *bomboneras*. En aquellos años había bastantes.

Es cierto que eran años en los que las relaciones homosexuales estaban prohibidas y la Ley de Peligrosidad Social estaba en vigor para castigar todas y cada una de estas actividades. Pero también es cierto que incluso antes de morir Franco, en los últimos años de la dictadura, había cierta permisividad.

Todo el mundo sabía lo que ocurría en todos esos sitios. Si la Policía hubiera querido detener esas actividades podía haber hecho todas las redadas que hubiera querido. Sabían perfectamente dónde estábamos y en qué andábamos. Recuerdo ir a Torremolinos, a bares y discotecas con Franco todavía vivo y aquello era *Sodoma y Gomorra*.

Otros espacios de encuentro homosexual eran los cines. Yo conocí el cine *Vizcaya*, que estaba en la calle San Francisco, al lado del puente de Cantalojas, y el *Ideal*. La parte de arriba de este último era un verdadero gallinero. Y con Imanol (Álvarez) conocí todo el ambiente de cabaret de *Las Cortes*. Ahí mismo, en la plaza de La Cantera había hombres homosexuales que iban a la caza de los supuestos clientes de las prostitutas de la zona y se los ligaban.

Cambié la cuadrilla heterosexual por una gay

Ya inmerso de lleno en este mundo, fui dejando de lado la cuadrilla heterosexual que tenía en Elorrio. Me costó, porque estaba platónicamente enamorado de un chico de la cuadrilla que no entendía. Al poco tiempo me integré en otra cuadrilla en Durango, con gente del pueblo y de Eibar que si entendían y los sábados a la noche nos íbamos a Biarritz de discotecas. De aquellas noches la experiencia más loca era *El Baile del Tapiz*. Bailábamos en torno a una alfombra donde se ubicaba un hombre que, cuando paraba la música elegía a uno del corro, lo llevaba al centro y le daba un beso. Si el otro le correspondía y el beso era con lengua, ya había ligado. Si al dar el beso le ponía la mejilla, mala suerte.

Con esta misma cuadrilla era con la que me iba a Torremolinos y a Valencia, a ligar. Estaría prohibido, pero las discotecas estaban a rebosar de hombres dispuestos a pillar. Eran los tiempos en los que *La Otxoa* cantaba en *El Poseidón* de Torremolinos. Aquello era un escándalo. En Euskadi éramos mucho más recatados. Y seguimos

siéndolo. Hoy en Bilbao no hay casi nada, no hay un espacio específicamente gay, ni lésbico. A mi me da igual, yo he sido anti-ghetto total, pero se echa en falta algo de ambiente.

Las chicas en EHGAM, desplazadas

En los primeros años de EHGAM el objetivo era luchar por nuestros derechos. Queríamos teorizar, hacer muchas cosas y las teníamos que hacer nosotros porque nadie nos iba a regalar nada. Al principio el grupo era mixto y nos juntábamos chicos y chicas. Cuando las chicas dijeron que querían seguir su camino solas y formar su propio grupo yo las apoyé porque era muy consciente de que en EHGAM casi no se hablaba de lesbianismo. Los hombres gays lo acaparábamos todo y las lesbianas que estaban en EHGAM se sentían desplazadas. Para mí fue un acierto que formaran ESAM, y después cuando este grupo desapareció el Colectivo de Lesbianas Feministas.

Como EHGAM una de nuestras apuestas más fuertes que hicimos fue abrir el *Txoko Landan*. Aquello supuso no sólo una referencia de libertad para gays y lesbianas en Bilbao, también fue la mejor promoción que pudimos tener del propio grupo. Lo cierto es que fueron años de mucha ilusión y también de mucho trabajo. El *Txoko* nos absorbía la vida, pero nos daba igual. El local fue referencia obligada para gays y lesbianas en Bilbao, pero también en Euskadi y yo diría que, incluso, a nivel de Estado, ya que ahí se hicieron muchas de las reuniones de la COFLHE (Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado Español). Me atrevería a decir que, junto con el FAGC (Front d'Alliberament Gai) de Catalunya EHGAM era en ese momento el grupo más potente de todo el Estado. Pero como empezó todo, terminó. La gente se cansó y cuando la Sociedad cambio y parecía que todo estaba logrado muchos pensaron que ya no hacía falta luchar y el grupo fue poco a poco menguando.

Todos los derechos para todas las personas

Dentro de EHGAM yo era de los que estaba en contra de reivindicar el matrimonio para las parejas homosexuales. Fue un error, ahora lo sé. En estos momentos tengo muy claro que es necesario alcanzar todos los derechos para todas las personas. Otra cosa es, y en eso sigo pensando igual, que luego cada persona o pareja decida hacer uso, o no, de esos derechos.

La situación hoy la veo como de mucha comodidad por parte de gays y lesbianas. Nos hemos relajado de un modo terrible. Nos movemos sólo en momentos puntuales cuando se da alguna agresión u ocurre alguna eventualidad grave. ¡Si hasta Maroto el del PP se casa, cómo explicarle a la juventud que todavía hay mucho por lo que luchar!

No me gustan muchas cosas que veo en estos momentos Voy a Madrid a la fiesta del Orgullo, en junio, y aquello es puro folclore: carrozas con tíos macizos y guapos, y mucho colorín. Pienso que todavía nos falta mucho por concienciar a esta Sociedad. Echo de menos un esfuerzo mayor en la Enseñanza que trabaje la diversidad sexual con las nuevas generaciones. Lo veo en casa. Tengo un sobrino en Madrid que tiene dos hijas de 9 y 10 años y él me comentaba recientemente que en los libros de texto de las niñas cuando se habla de parejas se sigue hablando sólo de la pareja heterosexual, obviando una realidad que no sólo es social, también es legal en el Estado. Me da la sensación de que todavía hay miedo a aceptar con todas las consecuencias esas otras realidades que están ahí y que no se pueden obviar. Y no me refiero sólo a las parejas homosexuales.

Poliamor, más allá de la pareja

Yo, si tuviera en estos momentos que enarbolar una bandera, sería la defensa de relaciones más allá de la pareja. Por ejemplo los tríos. Porque en estos momentos yo mismo estoy en una relación de a tres en la que llevamos ya casi cuatro años. Es muy difícil explicar nuestra relación. La gente no lo entiende, y entiendo que no entiendan. Sobre todo porque mucha gente todavía tiene prejuicios respecto de parejas formadas por dos mujeres o dos hombres, ¡como para que entiendan que nosotros somos tres! Y el problema no es sólo con heterosexuales prejuiciosos. Hay muchos gays que tampoco entienden ni nuestra relación ni el poliamor. Y sin embargo, a nosotros nos va fenomenal.

Los jóvenes de hoy no son conscientes de la realidad que viven. Piensan que porque pueden ir a ciertos establecimientos y comportarse con entera libertad dentro de ciertos espacios, ya lo han conseguido todo. Y no es así. Se ha avanzado mucho, eso no lo podemos negar. Pero tampoco podemos negar que las agresiones homofóbicas siguen siendo el pan nuestro de cada día.

Yo por mi parte vivo al día. Como he dicho antes, tengo casi 68 años y no me planteo cómo será mi futuro. He vivido, sigo viviendo, he sido muy feliz, sigo siendo muy feliz y lo pienso aprovechar hasta que me llegue el día.

Bizkaia, octubre de 2015

NEKANE

- **Como siempre habíamos vivido nuestro lesbianismo a escondidas, tanta visibilización provocaba vértigo**

Soy Nekane, nací en 1948 y en estos momentos tengo 67 años. Aunque bizkaina de nacimiento, me crié en un pequeño pueblo gipuzkoano. Tengo la percepción de que mi vida sexual fue muy posterior a lo que fue mi niñez. Durante la infancia y sobre todo la adolescencia, me preocupaba el atosigamiento al que nos sometía la religión, la manipulación tan horrorosa que hicieron con nosotros. Me sentía fatal. Desde niña me di cuenta que que yo con las chavalitas del pueblo tenía mucha más afinidad. Éramos amiguitas. La complicidad que yo tenía con mis amigas era muy fuerte, muy de colegas, de contarnos las cosas. Recuerdo que un día, cuando tenía yo 8 años, una monja nos pilló a una amiga y a mí hablando durante la misa. Hablando bien a gusto las dos. Nos echo una bronca de impresión y nos castigo:

- *Vais a escribir 100 veces mi casa es casa de adoración y la habéis convertido en casa de conversación.*

Yo sentí como que me estaba diciendo algo más, que el castigo no fue sólo porque estuvieramos hablando. Igual es que yo ya empezaba a sentir algo más, no sé.

Sentía algo por mis profesoras

A partir de ahí empecé a darme cuenta de que había profesoras, incluso de que había alguna monja que me atraían. No sabría definir qué era lo que sentía, si era sublimación o era admiración. No sé lo que era, pero yo quedaba prendada de ellas. Más tarde, estudiando en un internado, me di cuenta que había una chica de sexto que me volvía loca. Era oír su nombre y me ponía roja. Lógicamente para mí, eran sentimientos que vivía en absoluto secreto.

- *¿Qué me está pasando?* –me preguntaba.

Hasta que un día me di cuenta que de las de mi curso, las de tercero, tenían una lista, sobre todo de la gente de sexto, de *las que estaban por ellas*. Sí, yo toda recatada con mi secreto y ellas no tenían pudor alguno en expresarse:

- *Yo estoy por ésta; y por ésta otra están tal, tal y cual.*

Pese a todo yo seguía callada, sin atreverme a decir nada. Pasaba el tiempo y a mí cada vez me gustaba más aquella chica. Un día las compañeras de clase me preguntaron:

- *Pero tú ¿no estás por nadie?*
- *Yo no. –les dije toda inocente.*
- *¡Venga ya!* –me respondieron- *Tú estas loca por menganita.*

Casi me da un patatús ahí mismo. Acertaron de plano. Todo aquello resultó muy curioso, porque no sabiendo siquiera que pudieran existir las relaciones homosexuales, te dabas cuenta de que todas las chicas tenían sus listas, que estaban por ésta o por aquella. No digo que fuera nada sexual, igual era algo más frívolo sin ninguna otra connotación. Pero las listas existían.

Algo raro pasaba conmigo

Yo en esos momentos empecé a sentir que algo raro pasaba conmigo. En ese tiempo coincidió, además, con que pillaron a dos chicas en la cama. Se montó un follón impresionante y expulsaron a una de ellas. Aquello afectó a mis temores y empecé a ver esos sentimientos, deseos o lo que fueran lo que yo sentía, como algo extraño. Sólo tenía 13 años pero ya no podía negar que a mí me pasaba algo.

Eran temores que no podía hablar con nadie. Lo que aquella chica provocaba en mi era… no sé bien cómo explicarlo. Por un lado era desasosiego que no me dejaba vivir, pero por otro era algo estupendo. Estaba tan confundida que decidí hablar con el cura confesor. Le dije:

- No sé qué me pasa con esta chica…
- No me extraña, a mí también. –me respondio.

Poco a poco empecé a ser consciente de que sentía algo más allá del deseo por aquella chica. Me decía: *Qué tía más guapa*. Empecé a ser consciente que había algo físico en ese gusto mío por las chicas. Era una atracción física, pero nada sexual. Para entonces ya había empezado a masturbarme. Como todo el discurso sexual que había en la época era dirigida a los chicos, yo me hacía *las pajas* pensando en ellos. Yo no asociaba mi gusto por las chicas con deseo sexual. Sabía que algo raro me pasaba, sin llegar a ligar esos deseos con mi sexualidad. Era algo que ni me pasaba por la cabeza. Las adolescentes de la época éramos todas unas *ñoñas*. No teníamos información ninguna sobre sexualidad, y mucho menos teníamos referencias so-

bre homosexualidad, o sobre lesbianismo. No teníamos con quién hablar sobre esos deseos que sentíamos y que no sabíamos reconocer.

En el internado me hice muy amiga de una chica. Éramos sólo amigas sin ninguna otra connotación. Aunque una vez que estábamos en la estación esperando a que llegara el tren, me agarró de la mano y me hizo mucha ilusión. Me encantó sentir su mano, pero no lo interpreté como nada más. Me atraían las chicas pero la sexualidad la enfocaba en los hombres. Mis fantasías sexuales eran con hombres porque se suponía que así era como tenía que ser.

A los 18 años seguía igual de inocente

Me da vergüenza decirlo pero yo empecé a estudiar Medicina en Valladolid con 18 años y seguía igual de inocente que cuando tenía 13. Compartía piso con otras estudiantes de la Facultad y poco a poco me fui dando cuenta que una compañera del piso me volvía loca. Ocurrió que se echo novio y me sentí fatal. *Nekane*, me decía, *algo grave te está pasando porque esto no es normal*. Tan mal estaba que la única solución que se me ocurrió fue visitar a un psiquiatra. Como siempre decían en aquel entonces, me dijo que no me preocupara:

- Tú estate tranquila. Estudia fuerte y olvídate de todo lo demás.

Recuerdo que la visita al psiquiatra me tranquilizó algo pero no me aclaró nada. No supo decirme ni el nombre de lo que me estaba pasando. La primera vez que oí algo referido al tema era el término *tortillera* y lo único que pensé fue:

- Creo que esa, soy yo.

El que finalmente me clarificó algo fue mi propio hermano cuando le dije que iba a dejar el piso que compartía con las amigas porque me había enfadado con Ángeles. Se paró en mitad de la calle, me miró y me dijo:

- ¿Qué te has enfadado? No guapa, tú problema es que Ángeles te gusta.

También me dijo que estuviera tranquila que también a él le había pasado lo mismo.

- Con 10 años me gustaban los chavales, pero luego se me pasó.

A él sí se le pasó, a mí no. Lo que yo sentía por aquella chica era un sentimiento muy fuerte.

Estando ya en el nuevo piso, me daba cuenta que entre las chicas que vivíamos allá teníamos muchos juegos de contacto. Nunca nadie verbalizó una palabra sobre sexo, sobre *tortilleras*, ni sobre nada parecido, aunque entre nosotras sí había un juego muy erótico. Ocurría en nuestro piso; ocurría en el piso de abajo; ocurría en el piso de arriba y parecía que la cosa se empezaba a clarificar un poco. Y eso que todavía seguía siendo tabú el sexo de las mujeres y, mucho más, el sexo entre mujeres. A pesar de la liberación que para entonces pudo suponer la píldora, para follar, estaban los hombres. Todas teníamos algún medio-novio. Yo también. Al pobre lo tenía en ascuas. Me decía:

- *Pero tú y yo, ¿qué?*
- *Tú y yo, nada.* –le respondía yo.

Me llevaba al cine, nos poníamos en la última fila y yo no le dejaba que me tocara. *Déjame en paz*, le decía. Hasta que se lió con otra chica a la que embarazó y se tuvo que casar con ella. Tuvimos boda en la universidad.

Esto que digo no significa para nada que los hombres no me excitaran sexualmente. Para el sexo sí me gustaban, pero no me enamoraba de ellos. Eso nunca pasó.

Mi primera vez con una mujer

Estando yo haciendo un gran esfuerzo por olvidarme de mi ex-compañera de piso, me di cuenta de que algo pasaba con una chica que vivía en el piso de al lado. Para todas era evidente que aquella mujer tenía un problema serio pues bebia demasiado. Casi todos los días venía puesta de ron hasta arriba. Un día que vino a nuestro piso con la botella en la mano, una amiga mutua no pudo más y me abrió los ojos:

- *¿Tú no te enteras que ésta está por tus huesos?*

No sé ni cómo fue tan descarada para decirme eso, así de directo y así de claro en aquellos tiempos. Me quedó muy claro, eso sí, que la cosa era muy explicita. No sólo me abrió los ojos, también el deseo. De ver a la chica en cuestión como una más, más o menos normal, la empecé a mirar con otros ojos y me di cuenta que sí, que me gustaba. Y me lancé a la piscina con todas las consecuencias. Nos acostamos y tuvimos sexo dentro de unas limitaciones terribles porque estábamos condicionadas por la religión y por el ambiente imperante, que era absolutamente heterosexual. Eran limitaciones psicológicas que provocaban una carga terrible en nosotras. Teníamos gran sentimiento de culpa. No podíamos comentarlo con nadie, salvo con las compa-

ñeras de mucha, mucha confianza. De hecho el sentimiento de culpa fue tal que la otra chica no quiso volver a saber nada de mí. Como si nada hubiera pasado.

A mí todo aquello me pareció muy duro. Al fin y al cabo lo que habíamos hecho era lo mejor de nuestra vida y le había dado lo mejor de mí misma. Así se dio mi primera relación sexual con otra mujer. Siempre me digo que hormonalmente debía estar muy bien, porque psicológicamente no sé ni como pude tener sexo con nadie. No sé, tenía la impresión de que cuando una chica tenía sexo con un chico, los dos estaban contentos y lo nuestro fue terrible.

Por fin superé la frustración que me generó esa primera relación y logré que el sexo con otra mujer no fuera problema para mí. Logré, más o menos, deshacerme del sentimiento de culpa. Luego me di cuenta que tenía otras carencias, pero culpa ya no.

Trabajando en la Residencia

Después de esa primera experiencia vinieron otras. Empecé a trabajar en la Residencia, en un pequeño barrio de Madrid. La verdad, en Madrid el único bar de ambiente lésbico que conocí era horrible. Estaba lleno de lesbianas, sí, pero todas con una pinta de monjas exagerada. Aquello era un antídoto contra la lujuria. En Madrid no conocí nada más.

En la Residencia donde trabajaba cinco personas hacíamos las guardias de urgencias, de las cuales cuatro eramos mujeres y de éstas tres lesbianas. No me lo podía creer. Tampoco es que lo dijeran, pero se les notaba. Estaban muy pendientes una de la otra, y la otra estaba mucho, y de un modo demasiado especial, con la tercera. Yo en Madrid no había conocido a nadie y resulta que en el trabajo me encuentré con ese panorama. Estaba encantada.

Era la primera vez que ganábamos dinero, cenábamos mucho fuera y nos lo pasábamos bomba, aunque el trabajo sí era muy duro. Una noche en una discoteca se me acercó una chica y con ella terminé. Me imagino que se acercó a mí por mis pintas. Nunca he sido muy *marichica*, nunca tuve pinta de *Barbie*. Las que trabajábamos en la Residencia, excepto una, no éramos nada femeninas. La sorpresa esa noche fue que yo había bebido un poco y comenté en voz alta que no sabía dónde estaba el baño. La mujer que tenía a mi lado, y que resultó ser periodista, me dijo:

- Tú no te preocupes, ya te llevo yo ahora mismo.

Ese hablar tan seductor que no estaba acostumbrada a oir me resultó muy alagador. Con lo borde que yo soy, como buena vasca, aquello me maravilló. Resultó ser una mujer muy agradable, estupenda. Iniciamos una relación. Digo relación por definir de alguna forma lo que tuvimos. Ella era bisexual y muy liberal De hecho tenía varios novios, otra novia y yo. Yo estaba alucinada: De la austeridad total, al cachondeo total.

Las lesbianas que trabajaban conmigo iban mucho a su aire. No me sentí arropada ni apoyada en el trabajo, aunque las pobres tampoco tenían la audacia de comentar en público nada respecto de su preferencia. Entre ellas todo era secretitos. Tampoco era de extrañar. El ambiente en la Residencia era muy estricto. Incluso me hablaron de un cirujano que tenía una lista de empleados homosexuales. Y era verdad. Había hecho su *lista de los asquerosos*. En la lista sólo estaban los hombres.

Había que tener cuidado pero ese ambiente de secretismo no iba conmigo. Yo cuando había estado condicionada estuve condicionada, pero cuando me fui soltando no tuve tantos prejuicios para decir en todo momento lo que sentía. Podía haber momentos excepcionales pero en general era muy honesta conmigo misma.

En aquellos tiempos no había espacio para chicas en Madrid. Sólo aquel bar pero era una cursilada. De casualidad conocí a un gay y nos llevó a sitios de ambiente para chicos. Yo alucinaba del ambiente gay que había en la ciudad.

De intrusas en la Asamblea de Mujeres

A diferencia de los chicos, nosotras no tuvimos nuestro grupo de amigas lesbianas, nuestra cuadrilla. Yo empecé a tener un grupo de amigas en Donostia cuando vine a hacer el MIR poco después de morir Franco. Para entonces ya existía la Asamblea de Mujeres. Yo había estado trabajando en la Asamblea de Madrid y decidí entrar en el grupo de Donostia. Aquello fue una gozada para mí, aunque he de reconocer que las vascas de simpáticas, nada de nada. No hacían ningún esfuerzo por acoger a las nuevas mujeres que llegaban al grupo.

En la primera reunión a la que asistí me di cuenta que la mujer que tenía junto a mí estaba muy nerviosa. Quizás las jóvenes no entiendan que pudiéramos estar cohibidas por estar en una reunión de mujeres. Pero en la segunda mitad de la década de los 70, con Franco recién desaparecido las mujeres no estábamos muy empoderadas. Ese primer día fue horroroso. Nadie nos decía nada. Estábamos nosotras sentadas en el suelo escuchando y no nos atrevíamos a decir nada. Es verdad que yo esta-

ba emocionada aunque lo cierto es que nos trataron como intrusas. Al final decidimos tomarmos un whisky para relajarnos y eso que yo nunca había bebido whisky. Procuré ir a todas las reuniones de la Asamblea que pude y a fuerza de insistir terminaron aceptándome.

No recuerdo que en la Asamblea de Mujeres de Donostia se hablara de lesbianismo. El ambiente era muy político, muy reivindicativo, pero no recuerdo que habláramos de sexualidad. Me dio la oportunidad de conocer a otras mujeres y de ver que había más mujeres como yo. Eso fue fundamental para mí. Aunque era complicado socializar con las mujeres de la Asamblea y más para mí que tampoco es que fuera especialmente simpática. También es cierto que, por mi forma de ser, en cuanto me liaba con alguna y entablábamos una relación, me olvidaba de todo: Dejaba de ir a las reuniones y dejaba todo lo que no tuviera que ver con la pareja. Cuando tuve novia solíamos ir al bar *Alboka*. Estaba muy bien porque había muchas chicas jóvenes.

Lo dificil, asumir ponerme en evidencia

A las chicas jóvenes las veía yo muy sueltas, mucho más sueltas de lo que nosotras estuvimos jamás. Tenían mucho menos miedo. Para una ñoña como yo aquellas eran muy liberales, por decirlo de alguna forma: Se enrollaban con una, con la otra y con la de más allá. Y no es que yo fuera mucho mayor que ellas, pero en esos tiempos ocho años eran muchos años de diferencia. Y no digamos las que eran 15 años más jóvenes. Yo era una mujer muy recatada, más propensa a la pareja estable y las jóvenes venían arrasando. Para mí lo difícil era asumir ponerme en evidencia. Como siempre habíamos vivido nuestro secreto a escondidas, tanta visibilización provocaba vértigo.

Yo empecé muy tarde a sentirme tranquila, a pensar que todo me importaba un comino. Muy tarde, ya con 40 años. Fue una pena. Sobre todo cuando me di cuenta de cuán engañada había vivido. Yo pensaba que mi familia no sabía nada y resultó que un día Iñaki, mi sobrino, me confiesa que era gay. Yo pensando en tranquilizarlo le dije que también yo era lesbiana:

- ¡Toma ya! Toda la familia lo sabe y lo ha sabido siempre.

Yo soy producto de una época en la que no podíamos expresarlo. Era otra historia. Por suerte ha cambiado mucho. Aunque tambien me digo que en las circunstancias que me tocó vivir hice lo que pude y todo ese esfuerzo me ha servico para ser una

persona a la que ya no le importa nada lo que otros piensen de una. Tengo la mente bastante abierta. Respeto mucho mi intimidad pero estoy muy satisfecha de ser como soy y muy feliz. No estoy condicionada por prejuicios, miedos o ataduras.

Gipuzkoa, febrero de 2015

MIGUEL

- **En EHGAM conocí otra realidad, otra forma de ser gay que sí se adecuaba a lo que yo era y sentía**

Soy Miguel, nací en 1947 y me crié en Zugarramurdi, Nafarroa, aunque la mayor parte de mi vida la he vivido en Bilbao, para terminar en un pueblo muy cerca de Donostia. De mi infancia recuerdo que de crío, muy crío, mis deseos iban dirigidos hacia las chicas, hacia mis compañeras de aula. Sólo hacia las niñas. En el parvulario jugaba con las niñas, nos buscábamos y explorábamos nuestros cuerpos. Tenía mucha curiosidad por conocer cómo eran ellas y ellas cómo era yo. Eso ocurría en la escuela cuando tenía 5 años y en casa, hacía lo mismo con una prima.

Nunca sentí culpa por explorar mi sexualidad. Siempre me lo tomé con mucho relajo y mucha tranquilidad. Cuando me hicieron el traje de la primera comunión, recuerdo que la modista que hizo el traje tenía un hijo que en un momento de relajo de nuestras madres me llevó a las vías del tren y me dijo:

- *Me tienes que enseñar el culo o el pito.*
- *Yo te enseño el culo* –le dije-*, pero nada más.*
- *Pues yo te voy a enseñar todo.* –respondió él.

Cuando regresamos con nuestras madres la mía se molestó mucho conmigo porque llevaba mal puestos los tirantes del pantalón. Aunque preguntaron qué estuvimos haciendo, nosotros dijimos que nada y entonces supimos que nos habían estado viendo a través de la ventana. Mi madre estaba molesta, pero la modista no estaba más tranquila:

- *De éste* –por su hijo-*, no me fío nada.*

Así de inocentes eran nuestros juegos sexuales en la década de los 50. No fue hasta mucho más tarde, cuando ya tenía 17 años, que empecé a fijarme en los chicos. Había terminado el Bachiller elemental y estaba estudiando Contabilidad en una academia cuando me ofrecieron trabajo en una oficina. Empecé a trabajar y ahí me hice muy amigo de un compañero, que durante un tiempo había estado en el Seminario. Estábamos muy unidos, tanto que un día me empezó a hacer caricias y a mí no me molestó. Según él las caricias eran habituales en el Seminario entre los amigos que se tenían mucho cariño.

Mi primer amor platónico

Cuando salíamos de fiesta bailábamos con chicas. En unos tiempos en que todo lo sexual estaba prohibido, un día me hizo confidencias que no había contado a nadie. Al parecer se iba al Mercado porque le excitaba sobremanera ver los pechos de las mujeres cuando se agachaban a por la mercancía. Tenía fijación por los pechos y se excitaba con esa visión. Aquel era su secreto mejor guardado. En aquella época yo también me masturbaba pensando en chicas, y pensando en él. Fue mi primer amor platónico. Entre nosotros había habido tocamientos y había habido besos, pero nada más. Cuando se fue a la mili, porque era tres años mayor que yo, lo pasé muy mal. Yo esperaba sus cartas como agua de mayo. Y él también. Siempre empezaba sus misivas con un *Mi muy querido amigo*, y terminaba con *un beso*. Yo vivía esperando sus cartas.

Aquello no significaba más que nos teníamos cariño el uno por el otro. Ni siquiera sabía qué era ser homosexual. De niños cuando jugábamos a fútbol y como yo era muy malo, los amigos me insultaban:

- ¡Juegas como una nenaza!

Aquello me dolía y no entendía porqué. Hasta muchos años después no pensé que yo pudiera ser diferente a los demás chicos. Y si alguna vez me sorprendía a mí mismo mirando a un chico, restaba importancia al hecho. *Será normal, será algo pasajero*, me decía:

- Yo me enamoraré de una chica, nos casaremos y formaremos una familia.

Esa iba a ser mi vida. Así fue hasta los 18 años, a pesar de que con mi compañero de oficina hubo tocamientos y besos. Pero tampoco él le daba importancia a lo que hacíamos. Eran prácticas habituales en el Seminario y para él no significaban nada especial.

No era fácil denunciar al cura

Yo era un adolescente muy religioso. Aunque yo nunca sufrí abuso por parte de ningún cura, sí había oído a otros chicos comentar que habían abusado de ellos. Sí lo decían, pero con mucho cuidado y con mucho miedo. No era fácil hablar mal del cura de la Catequesis, por ejemplo. Y ese cura, concretamente, era una institución en Bil-

bao. Cualquiera se atrevía a decir nada contra él, pero todos sabíamos que cuando se llevaba a un chico a su cuarto, no era para rezar. Sí hubo un chico que se atrevió a contar en casa lo que le había hecho el cura, y sus padres lo castigaron a él:

- ¡Eso no se dice de Don Vicente¡

¡Como para decir en casa que un cura nos acariciaba cuando nos confesábamos! Faltaría a la verdad si no dijera además que a mí aquellas caricias me gustaban. No eran sólo las caricias, era su forma de tratar a los chicos, su amabilidad y cortesía. Tan así era que cuando lo cambiaron de parroquia yo también cambié para seguir confesando con él. Ese cura en concreto era muy cariñoso. De otros no puedo decir lo mismo. Yo nunca entendí que aquello fuera abuso, aunque tampoco era consciente en ese momento de lo que significaba sufrir abuso.

Ligando en un cine

Cuando mi amigo del alma se fue a la mili y lo nuestro acabó, yo caí enfermo. Estuve muy enfermo con una pleuritis y me tuvieron por nueve meses ingresado en Santa Marina. Aquel chico se casó, tuvo hijos y nunca más quiso saber de mí. Cuando todavía hoy coincidimos en la calle, hace como si nunca me hubiera conocido. Cuando aquello acabó y superé mi enfermedad, mi siguiente contacto fue en un cine. Fue el chico que tenía en la butaca de al lado quien empezó todo. Me tocó la pierna, tocó algo más y yo me dejé, pero cuando encendieron las luces yo me moría de la vergüenza. Él estaba tranquilo, me invitó a tomar algo y eso me relajó. Era un chico mayor que yo, muy agradable y muy guapo. Me dio su tarjeta y a los días, después de muchas vueltas, le llamé. Tuvimos sexo en su puesto de trabajo. Tenía un cargo importante en Altos Hornos de Vizcaya, en Barakaldo. A partir de ese día tuvimos una pequeña relación. Me presentó a sus amigos y pienso que aquellos también entendían, pero de eso no se hablaba. Todo era muy discreto. También me engañó. Un día me dijo que se iba de Ejercicios Espirituales por unos días, y después supe que se había ido con otro novio a Donostia. Yo me llevé una gran decepción.

Aquello acabó cuando me tocó cumplir con el Servicio Militar. Después de muchas vueltas decidí escribirle una carta. La escribí, pero antes de echarla al buzón me arrepentí y allí mismo la rompí. No puedo decir que me hubiera enamorado de aquel hombre. Sentía atracción, eso sí, pero nunca sentí nada parecido a lo que había sentido por mi compañero de trabajo ex-seminarista. Cuando acabé la mili en 1970, nos volvi-

mos a ver pero sólo para hablar, lo que pudiéramos haber tenido ya se había acabado.

En ese momento de mi vida también me fui separando de la cuadrilla que tuve antes de ir a la mili, pues entre que unos se habían echado novia o se habían casado y otros habían desaparecido por razones laborales, aproveché para ir distanciándome de ellos. Mi gran amigo en la cuadrilla, al que yo más quería, se fue a Estados Unidos. Quiso que fuera con él pero nunca di el paso, y nunca tuve claro si él era gay, o no. Por su hermana supe que se había casado con una cubana y que tenía dos hijas, pero años después que vino a visitar a la familia quiso hablar conmigo y me confesó que era gay. También me pidió que le guardara el secreto, sobre todo con su familia. Sigue en Estados Unidos, sigue casado y llevando una doble vida. También yo tuve relación con chicas, pero las trataba más como hermanas que como parejas.

Dando rienda suelta a los deseos

Fue en ese momento que yo decidí aceptarme y dar rienda suelta a mis deseos. Empecé a tener sexo con hombres, pero también a conocer a hombres gay fuera del sexo, como amigos. Sabía que en el cine *Actualidades*, que estaba en la calle Buenos Aires, no tendría ningún problema para ligar. Ahí conocí a un chico que resultó ser hermano de un compañero de trabajo. Eran igualitos, excepto que mi compañero era un espécimen de macho que en el trabajo no hacía más que presumir de sus atributos, y enseñarlos siempre que podía. Cuando al chico le pregunté por su hermano, casi se me muere del susto. También ligaba en el cine *Abando*, que estaba junto a La Casilla, y en el cine *Ideal*. Algunos hombres que conocí en estas correrías se convirtieron después en amigos y con ellos formé una cuadrilla con la que solía ir al cine o a la playa.

En las rocas de la playa Punta Galea, en Algorta, también se podía ligar, muy discretamente en aquellos tiempos y aunque todavía por la lógica de la época, no había bares de ambiente, sí empezaba a haber establecimientos donde se podía armar algo. El *Livi*, por ejemplo, un bar muy pequeño en la calle La Merced estaba señalado por todo el mundo como bar de *maricones*. Yo no era muy partidario de ir a los bares a ligar, aunque sí solíamos ir en grupo a socializar. Por supuesto, éramos asiduos de *La Ópera*, la cafetería del Teatro *Arriaga*. En todos estos sitios conocí hombres. Algunos para sexo, y otros para amistad. Algunos duraron más y otros menos. Incluso tuve alguna relación más o menos estable, que no podría decir que fuera de noviazgo aun-

que sí tuvieran cierta estabilidad. También es verdad que yo nunca he sido de comprometerme, por lo que estas relaciones duraban lo que duraban.

El activismo fue para mí una liberación

Relación estable la tuve muy tarde, cuando tenía más de 30 años. Y no es extraño, ya que Franco murió cuando yo tenía 28. Fue con la apertura que ofrecía la Transición que empezaron los partidos, se creó EHGAM y yo estuve militando, primero en EHGAM (Movimiento de Liberación Gay de Euskal Herria) porque veía la necesidad de hacer algo, y desde esa opción política en EMK (Movimiento Comunista de Euskadi). Militar en ambas organizaciones fue, para mí, una liberación. Hasta entonces llevaba una doble vida entre amigos, familia y trabajo. Estaba muy obsesionado con el trabajo. Trabajaba en una empresa multinacional y se imponía la discreción. No podía decir nada ni en casa ni en el trabajo y esa era una carga muy dura de llevar. Sobre todo en el trabajo. Los comentarios que oía eran muy ofensivos, aunque al mantener yo una actitud muy discreta, no fueran dirigidos directamente a mí. Por parte de la empresa también había un control férreo sobre los empleados, al punto que a una compañera le llamaron la atención muy severamente por haber ido conmigo a un festival que hubo en el parque de atracciones que en su día había en Artxanda. Le acusaron de haber ido conmigo a la zona de pinos a tener sexo. A mí no me dijeron absolutamente nada, pero a ella la acusaron de todo, y más.

Tampoco en casa me atreví a decir nada. Nunca se lo he dicho a mis hermanas. Lo saben porque lo han visto y cuando me han echado en cara que no les hubiera dicho nada, les he respondido que tampoco ellas habían preguntado nada. La relación con ellas es buena y sobre todo ahora, pero cuando éramos jóvenes tampoco es que se preocuparan de saber si yo era feliz, o no. Y mis padres eran personas muy comprensivas pero no se dio o no me atreví a ser honesto con ellos. Y eso que mi padre alguna vez salió en mi defensa cuando amigos de la familia me reprochaban que no tuviera novia o que no me hubiera casado:

- ¿Por qué no dejáis en paz? –les solía decir mi padre- *Él vive muy bien y sabe lo que quiere.*

Esas actitudes me tranquilizaron toda la vida. Es cierto que nunca hablamos del tema, pero tampoco me presionaron de ningún modo. Y en casa no hablamos de mi posible homosexualidad, como no se hablaba de otros temas que sin embargo habían marcado la vida de nuestros padres. De la guerra, por ejemplo, no se hablaba nunca

a pesar de que las consecuencias de haber formado parte del bando republicano eran patentes y nosotros sí llegamos a preguntarles al respecto. He de reconocer que tuve mucha suerte con la familia que me tocó, porque he conocido a muchos hombres que tuvieron que casarse para camuflar sus deseos y evitar el estigma. Eso sí, luego han llevado una doble vida con todo lo que eso ha supuesto para ellos y para sus familias.

Por todo eso, militar en EHGAM fue para mí una liberación. Ahí empecé de verdad a descubrir el verdadero sentido de ser gay: no era el único con esos deseos, no era un bicho raro por tener esos deseos y no estaba solo en este mundo. Me refiero a que además de la gente que frecuentaba el ambiente y con los que no me sentía identificado conocí otra realidad, otra forma de ser gay que sí se adecuaba a lo que yo era, o lo que yo sentía. Nos juntábamos una vez a la semana, al principio en un local que EHGAM tenía cerca del cine *Olimpia*, en la calle Iparragirre. El *Txoko Landan* vino después, en 1981. EHGAM no era sólo el espacio donde trabajar y luchar, era también el marco donde encontrar amigos, donde conocer hombres con los que me podía identificar.

Tan importante como la militancia en el movimiento gay para mí, fue la lucha política que desarrollábamos en EMK. En el partido sabían de mi doble militancia y tengo la impresión de que el apoyo que me daban era absoluto. También estuve en *Zutik* cuando nos juntamos con la gente de LKI. Si dejé el partido años después fue por otras circunstancias, no por mis preferencias o mi actividad en EHGAM. Esa fue una etapa de mi vida que se acabó, y punto.

El matrimonio es una atadura

Los cambios que en las últimas décadas se han dado en los ámbitos social y legal además de impresionantes, han sido positivos. Ahora bien, yo tengo una duda respecto del matrimonio. No porque esté en contra de su legalización, sino porque estoy en contra del matrimonio como institución. Considero al matrimonio como una atadura. Cuando amigos de 70 años me dicen que se van a casar para poder dejar patrimonio y pensión a su pareja, no me parece justo. Considero que debiera haber otras formas de demostrar relación sin necesidad de firmar ningún documento para proteger a nuestras parejas. No sólo entre gays o lesbianas, también entre parejas heterosexuales. No me parece justo porque supone discriminar a las parejas que no quieren insti-

tucionalizar su relación. Por eso digo que el matrimonio podrá ser un avance, pero también es una forma de control social.

A los jóvenes de hoy no les tengo ninguna envidia. Los tiempos que nos tocaron vivir fueron difíciles, fueron muy duros, pero yo me lo he pasado muy bien aunque fuera en la ignorancia. En Zugarramurdi tuve una infancia feliz. Quizás en Bilbao fuera diferente, pero yo pude disfrutar de mi niñez. No necesitábamos mucho para ser felices y en eso creo que tuvimos ventaja respecto de las nuevas generaciones.

Gipuzkoa, noviembre de 2015